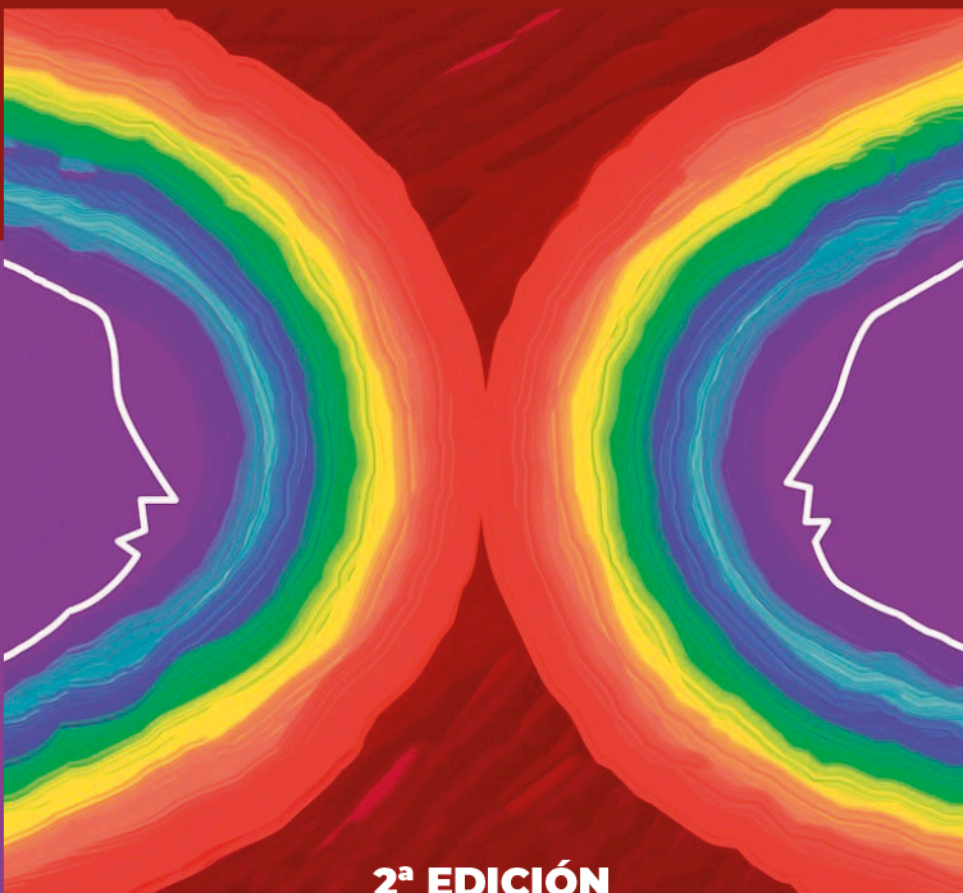


# **HISTORIAS DE MI ARCO IRIS**

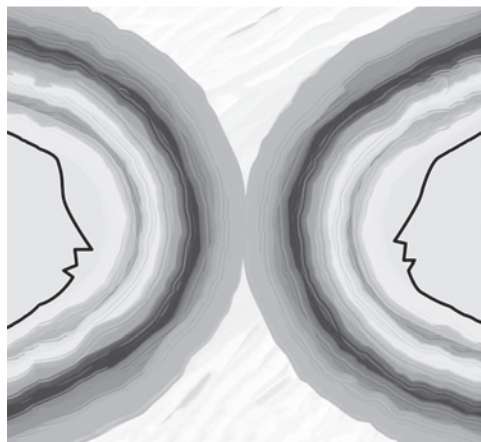


**2ª EDICIÓN**

**MARÍA PILAR TORRES  
SERRANO**



# **HISTORIAS DE MI ARCOIRIS**




**MARÍA PILAR TORRES SERRANO**

**2ª Edición**

HISTORIAS DE MI ARCOIRIS

© María Pilar Torres Serrano

 pilartoserrano

Imprime: HiFer A.G., Oviedo. [www.hifer.com](http://www.hifer.com)

I.S.B.N.:978-84-19256-44-7

Dep. Legal: AS-00234-2023

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias con el Asiento Registral nº 05 / 2023 / 51.

*A mis padres, Miguel, mi marido, y a mi hermano*



# Índice

|                           |     |
|---------------------------|-----|
| Índice .....              | 5   |
| Agradecimientos .....     | 7   |
| Federico .....            | 9   |
| Una doble traición .....  | 13  |
| Aula .....                | 17  |
| Carlota.....              | 21  |
| Cianuro .....             | 25  |
| Un final conocido .....   | 31  |
| Darina .....              | 35  |
| Deberes.....              | 41  |
| Decadencia.....           | 45  |
| Detalles .....            | 49  |
| Eduardo.....              | 53  |
| El dilema.....            | 57  |
| El viejo coche .....      | 61  |
| El vínculo afectivo ..... | 65  |
| Enseñanza .....           | 71  |
| Escape.....               | 77  |
| Falsedades .....          | 83  |
| Fantasías .....           | 87  |
| Flor de Lis.....          | 91  |
| Isidoro, el taxista ..... | 95  |
| Juegos psicológicos.....  | 101 |
| Luis, el numerario .....  | 105 |
| Lidia, la bailarina ..... | 109 |
| Mi amiga.....             | 115 |

|                     |     |
|---------------------|-----|
| Maternidades .....  | 119 |
| Métodos.....        | 123 |
| Mi gato Taby.....   | 127 |
| Punzadas.....       | 131 |
| Roles.....          | 135 |
| Testigos mudos..... | 139 |
| Traumas .....       | 143 |
| Un amor ideal ..... | 147 |
| Un suspenso.....    | 151 |
| Un viaje.....       | 155 |
| Único.....          | 159 |
| Vendetta.....       | 163 |



# Agradecimientos

Con estas líneas quería agradecer a mi amiga Carmen su contribución en la publicación de este libro. Ella fue la que primero leía el relato recién sacado “del horno” y procedía a realizar la primera corrección, en la que yo confiaba dada su sabiduría de maestra, historiadora y filóloga inglesa.

También agradezco la labor de las correcciones realizadas por mi amigo Nacho.

Especial dedicación tengo que hacer a los amigos y gente de mi entorno que me animaron a que este libro fuera una realidad cuando yo no confiaba demasiado en mis posibilidades. Ahí tengo que nombrar ,entre otros, a Elisa, Esther, Mari Jose, Tibu , Evaristo y Geles y a mi profesor de informática Toni que me ayudo también a maquetar el libro.



# Federico

Mi relación personal con Federico fue muy buena desde niña. A medida que fui creciendo me hice consciente del carácter público de su cargo; era juez lego en derecho, es decir, juez de paz del pueblo de Valverde. Este cargo lo compaginaba con el de perito electricista.

En honor a su cargo público, era una persona honesta, honorable, sencilla, humilde y que pasaba desapercibida y cuando había que resolver pequeños conflictos entre los vecinos del pueblo, Federico los exhortaba, es decir, los animaba y lograba que llegaran a un acuerdo. De alguna manera, conseguía, como decía su cargo, mantener la paz en el municipio.

Federico era vecino cercano nuestro y resultaba muy agradable, siendo adolescente, acudir a su casa a la hora del café y dialogar con él y su esposa sobre temas de actualidad. Pues además de todo lo dicho, también era una persona muy culta. Un intelectual.

En su casa se respiraba tolerancia, respeto, silencio, conciliación e igualdad de trato entre otras ventajas de la convivencia. Casi nunca se interrumpía la interlocución del otro hablante, salvo que fuera estrictamente necesario.

Al llegar a mi madurez, Federico pasó a ser una persona de referencia en mi vida y a él acudía en busca de consejo cuando tenía alguna duda existencial.

Después de aprobar mi carrera de Derecho, comencé a preparar las oposiciones de Fiscal y él siempre me oía “cantar” los temas desde su casa hasta la terraza de la mía. Siempre decía y confiaba que aprobaría y así fue.

Su forma de ejercer el cargo público era tan ejemplar que nadie, en los tiempos que vivió, se presentó como candidato alternativo.

Además de ser juez de paz, era padre y esposo también ejemplar. A sus hijos los educó en sus mismos valores y los ayudó económicamente en todo lo que pudo en vida y a su mujer la trató siempre con dignidad y respeto.

De repente, sin darme cuenta, Federico se había vuelto un anciano. Mis encuentros con él ya se habían distanciado porque yo tuve que cambiar de provincia.

Un día, me enteré que estaba en una residencia. Su mujer había fallecido años atrás.

Verle en tan lamentables condiciones físicas y con tanto dolor me quebró. ¡Me estuvo contando los dolores que tenía y las operaciones a las que se había tenido que someter, total para nada! También me dijo que se había leído la Biblia y que no había “nada”. “Me aconsejó que disfrutara de la vida porque era muy corta. Me di cuenta que por su cabeza estaba pasando toda su vida por delante en ese momento.

A la semana siguiente se suicidó, arrojándose por la ventana de su habitación. Dejó escrito que le llevaran directamente al cementerio.

Murió conforme a sus creencias y valores.



## Una doble traición

Por las mañanas, cuando regresaba a Madrid, me encantaba sentarme en una terraza del Paseo de la Castellana de estilo romántico con sillas y mesas en forja. Engalanada con multitud de plantas y flores procedentes de todo el globo terráqueo.

En ese instante, entró una mujer que decidió sentarse a mi lado. Venía sollozando. Mujer esbelta, atractiva, de posición económica alta a juzgar por la vestimenta que portaba. No quise darle más importancia al personaje y continúe leyendo el periódico en busca de alguna noticia que me hiciera meditar y pensar analíticamente.

El periódico lo leía siempre empezando en la contraportada y finalizando en la portada. Lo iba encontrando cada vez más interesante.

Súbitamente me acordé de mi amiga Adelaida que estaba en trámites de divorcio por violencia machista. ¡Maldito cabrón!, ¡cómo la golpeó aquella noche! Este caso me es-

taba tocando muy dentro, pero era una gran amiga y no pude rechazar su asesoramiento profesional como abogada matrimonialista y mediadora civilista que soy.

Giré el cuello y observé cómo la mujer que se había sentado a mi lado seguía llorando, pero ahora portaba en sus manos unas fotos de dos niños y de un hombre. ¿Los habría perdido en un accidente? La curiosidad comenzó a entrarme por la nariz porque me embargó un sentimiento de pena y compasión a la vez hacia ella, pero me dije:

—¡Quién eres tú metiéndote en vida ajena!, ¡no es más que una desconocida!

—¿Qué desea tomar señora? — me preguntó el camarero.

—Un café con leche y un croissant a la plancha, por favor — le contesté.

Precisamente una noticia que se publicaba en el periódico de ese día tenía que ver con mi amiga Adelaida, y era el incremento de divorcios en nuestro país en los últimos diez años motivados por causas muy dispares: crisis económica, independencia económica de la mujer, denuncias de violencia de género, infidelidades, etc.

Estaba enfrascada en la lectura de la noticia cuando entró en la terraza un apuesto caballero alto, delgado, pero con el semblante triste y cabizbajo, que se acercó a la mujer de las fotos y sin ningún saludo adicional se sentó a su lado.



Ambos se miraron. Silencio. Se volvieron a mirar y sollozaron los dos.

–¿Qué sentimiento tienes hacía mí? – le preguntó él.

–Mucho odio, celos, amor y desamor a la vez. No sé cómo pudiste fallarme. No lo comprendo, éramos una familia dichosa.

–Lo siento, te repito que siento una gran culpabilidad por lo que hice, pero mi timidez me perjudicó y también la traición de mis “amigos”, compañeros de trabajo ¿Para qué crees que hicieron la fiesta de mi ascenso sin contar conmigo?

En el trabajo acababa de promocionar y había algunos y algunas compañeras que me tenían muchas ganas, entre ellas, Carolina.

–Eso no me vale, eres adulto con plena autonomía y capacidad. Además, siempre te tuve por una persona inteligente, yo sí que me siento traicionada por lo que me hiciste– le contestó ella.

–Eso es cierto, pero sólo quiero que sepas que nunca quise hacerte daño, y que fui un egoísta, pero que también fui víctima de una traición, el alcohol hizo todo lo demás. Ahora veo que el daño me lo hice a mí también, y a ti.

–¿Qué sientes por ella?

–Nada –contestó él.

Después de abonar la consumición, cada una la suya, se despidieron sin ningún saludo cariñoso, más bien serio y formal. Por el momento no eran capaces de perdonarse ni a ellos ni entre ellos.

# Aula

Carmelo era el más joven de su clase. Tenía 14 años de edad y ya era su último año en el segundo ciclo de la ESO. Al año siguiente empezaría en Bachillerato.

Ese año le estaba resultando especialmente complicado aprobar los exámenes, y no era por el contenido de la materia. Había perdido interés por las clases. No estaba motivado. Todas las lecciones le parecían iguales. Le daba igual que la clase fuera de comprensión lectora que de matemáticas.

No prestaba atención.

Solía traer lecturas que cogía en casa o compraba en alguna tienda para leerlas en clase a escondidas. Le encantaba la astronomía. Desde la clase, se pasaba las horas mirando el firmamento. Cuando le hacían alguna pregunta y no sabía qué contestar, sus compañeros le decían: ¡Carmelo, estás en las nubes!

Cuando llegaron los exámenes de la primera evaluación, obtuvo dos suspensos. No se disgustó.

Además, se sentía también infeliz en casa. Acababa de nacer un hermano, Guillermo, y tenía fuertes celos hacía él; sus padres, ignorando esta circunstancia, se volcaban en los cuidados del recién nacido y Carmelo creía que “pasaban de él”.

Anteriormente al presente curso, siempre fue un niño brillante, fuerte, bien motivado, con unas altas calificaciones y nunca había suspendido.

¿Qué le estaba ocurriendo ese año? Era la pregunta que se hacían los profesores.

Carmelo daba más importancia, dada su inseguridad, a ser aceptado por el grupo de amigos que al aprendizaje. No le importante repetir. De hecho, deseaba hacerlo, pues decía: ¡Para estar con los chicos y chicas de mi edad!

Era superdotado.

El colegio no tenía establecido un plan curricular diferente para cada uno de los 20 alumnos por clase, en función de aspectos como el C.I, edad, etc. Esto hacía que en el caso de Carmelo las clases se le hicieran aburridas por su contenido.

Los profesores, una vez hallaron el problema de este alumno, decidieron entregarle trabajos complementarios sobre las materias que este solicitara.

–Carmelo ¿De qué te gustaría aprender más en clase?  
–preguntó su profesor de ciencias naturales.

—¡De la vía láctea y de las galaxias! —respondió el alumno.

—Está bien, te daré trabajos de este tema si primero haces los deberes de la asignatura— contestó el profesor.

—¡Bien, bien!— exclamó Carmelo.

Todos los profesores llevaron a cabo la misma estrategia con él, como el profesor de ciencias naturales.

El bajo rendimiento académico, que puntualmente existía en el expediente del benjamín de la clase, se fue reduciendo hasta llegar a límites normales.

No obstante, el adolescente seguía con celopatía. Un día, le dijo a su madre:

—Mamá, ¿Por qué ya no me queréis, desde que nació Guillermo?

La madre, sobresaltada y atónita, empezó a comprender los comportamientos agresivos que últimamente tenía en casa.

Su madre le explicó que junto a los dos hermanos era la familia que ella y su padre habían querido formar. Y que ambos eran queridos igual. También le dijo que comprendiera que su hermano menor, era muy vulnerable e indefenso en esos momentos, y necesitaba de mayores cuidados y atenciones; pero que el amor que ambos padres sentían por ellos era el mismo.

Carmelo, quedó calmado y tranquilo ante las explicaciones de la madre, pasando de tener celos de su hermano a ser su mayor protector.

Nuestro alumno superdotado terminó los estudios sin dificultad, matriculándose a fin de curso, con todas las asignaturas aprobadas para primero de Bachillerato. En su caso, no se trató de fracaso escolar, tan solo fue un bajo rendimiento esporádico.

# Carlota

Eran las once de la mañana y acababa de tocar el ensordecedor timbre del Instituto “Álvaro Cuesta” que indicaba el inicio de una nueva clase. Clase de lenguaje. Carlota y sus demás compañeros se dispusieron a entrar desde los pasillos al interior de la clase charlando entre sí en tono jovial y distendido.

Para Carlota este día iba a ser especial pero todavía no lo sabía. Solo se sentía un poco nerviosa.

D. Luis, el profesor, cuando todos los alumnos se hallaban sentados en sus pupitres, ordenó a Carlota que se pusiera de pie y que leyera el texto que venía escrito en la página treinta del libro de Primero de la E.S.O. Carlota se sonrojó y comenzó a leerlo con la voz entrecortada por el nerviosismo, contrayendo las mandíbulas y con la respiración torácica agitada.

Su ritmo en la lectura era bastante lento y cambiaba letras y palabras confundiendo la p por la q, la d por la b, palabras tales como “distinguido” por “extinguido”.

Su forma de leer llevó a un grupo de alumnos de la clase a que irrumpiera en risas burlonas contra ella con frases como, ¡ qué pasa, que todavía no sabes leer! o ¡ menuda torpe!

Ante los sollozos de la niña, el profesor interrumpió inmediatamente la clase y mando callar a sus alumnos, al mismo tiempo que les recriminaba dicho comportamiento por parte de algunos de ellos, ya que esta alumna sufría un trastorno del aprendizaje, llamado dislexia; también les advirtió que Carlota era muy inteligente, sobresaliendo en otras áreas como la música o las matemáticas.

Aseguró que impondría castigos disciplinarios para quienes tuvieran un comportamiento inadecuado en clase y fuera de ella, con su compañera.

Pese al apoyo del profesor, la niña seguía llorando ahora con irritabilidad, sintiendo culpa e incluso asco hacia algunos de sus compañeros. Ladeaba la cara como hacen los perros para quitarse el agua mirando hacia abajo y con los ojos cerrados arrugaba la barbilla y la nariz; con mucha sensación de calor y con las manos se restregaba los ojos. En este estado salió corriendo hasta la puerta de la clase y marchó desconsolada.

El profesor le concedió permiso para ir a su casa, no sin antes comunicarle que al día siguiente sus padres debían pasar a la sesión de tutoría.



Al llegar a casa Carlota presentaba un semblante triste, seguía sollozando, con la comisura de los labios hacia abajo. Tenía sensación de frío y los ojos caídos.

Relató todo lo ocurrido a su madre con sentimiento de culpa pues le decía que en parte esos chicos tenían algo de razón cuando la llamaba ¡torpe, tonta del culo!

Le decía a su madre que se sentía rechazada por un sector del grupo de la clase y que tenía miedo de que ese grupo lo contagiase a los demás, que hasta ahora se habían portado bien con ella. Carlota estaba pálida y tiritaba. También pedía ayuda a su madre.

La madre con mucha paciencia, serenidad y cariño, le dijo que su trastorno estaba muy controlado, en casa y en el colegio y que ahora irían a la sesión con el especialista en lectura (tutor en fonética) y que no se preocupara de los exámenes pues los haría como todos los años en el instituto, adaptados a su problema. En cuanto a ese grupo de niños, le dijo que: “seguro que el profesor les castigaría muy duramente si volvían a repetir su actuación; de eso ya nos enteraríamos mañana en tutoría”.

Después de comer, la madre comenzó a realizar unos ejercicios cognitivos con ella:

–Carlota ¿dónde está la radio, encima o debajo del microondas?

–Encima –respondió Carlota.

–Muy bien, y ¿está delante o detrás de las cerillas?

–Delante –respondió Carlota.

–Muy bien, mi vida, ¿te das cuenta? Los progresos son espectaculares –dijo la madre– Ahora te voy a leer yo en voz alta y tú vas a escuchar una lectura.

–Vale mamá, un libro de ¡Harry Potter!

Al cabo de media hora llamaron a casa. Era Mari Sol, la mejor amiga de Carlota a quien ésta le contó lo ocurrido en clase, pero en un estado de alegría y de tranquilidad muy diferente a cómo había estado por la mañana.

Afortunadamente, Carlota tenía un entorno familiar, educativo y social muy favorable para ella, que le harían superar su trastorno junto a su tenacidad y perseverancia que también eran muy grandes.

# Cianuro

Ana deambulaba por el pasillo de su casa como un fantasma. Como cada mañana acababa de hacer el desayuno a Felipe y éste se había marchado al trabajo. Fue advertida por él antes de marchar que “la casa, a su vuelta, la quería ver como un jaspe”.

Ana se miraba en el cristal de la habitación matrimonial y a pesar de su juventud, tenía una mirada propia de una mujer aviejada con arrugas en la frente bien marcadas, canas y patas de gallo.

Desde hacía mucho tiempo, como instinto de supervivencia miraba la vida desde los ojos y con el prisma de su marido. Ya no sabía lo que era entrar en un almacén y comprarse un colorete, salvo para taparse los hematomas.

Se decía, de forma apocalíptica: “total, podía ser peor, últimamente como me porto bien, me quiere y ya casi no me pega”

Ana no quería plantearse más allá de esta frase porque siendo inteligente como era, sabía que en estos momentos no podía salir de donde se encontraba; era esclava de una situación que fue creciendo cada vez más y que la tenía encerrada en casa desde hacía 25 años.

Su infertilidad no vino por casualidad. Ana somatizaba de forma clara los malos tratos.

La anorexia nerviosa que padecía no dejaba salir a la palestra su malestar por los malos tratos, pero era esa enfermedad la que los encubría en realidad. Era experta en hacerse daño a ella misma pues había aprendido mucho del dolor a través del que le infería su marido. El motivo era querer poner fin con su vida, con toda aquella situación. Felipe sabía que estaba enferma pero no tenía ningún remordimiento de conciencia. Le daba igual.

Ana esa mañana se había arreglado más de lo normal y sin embargo no había sido golpeada como casi todas las mañanas. Vestía bata y zapatillas a juego. Iba a tomar una decisión y se sentía con fuerza para ello.

Comenzó por la habitación matrimonial la limpieza del hogar; la lúcido la había perdido hacía muchos años atrás. Su marido le daba el trato de una prostituta, incluso peor pues empleaba la violencia.

En estos momentos, Felipe llevaba una semana bastante cariñoso con ella. Pero Ana, que ya se lo sabía todo, no cayó en la trampa, en la famosa “luna de miel” pues sabía

que después vendría, una vez que la hiciera titubear en sus sentimientos, una violencia mayor, una violencia sin sentido, inútil e injusta, por eso en este caso lo que produjo la actitud de su marido, fue generar en ella una situación de mayor tensión.

A las dos horas de haber salido por la puerta de la vivienda conyugal, Felipe llamó a Ana a la casa y le pregunto cariñosamente qué estaba haciendo y ella con gran habilidad le respondió: “cariño, las tareas de la casa, fregar, barrer y preparar la comida”.

A raíz de la llamada, Ana volvió a pensar que su marido ejercía sobre ella un control férreo y angustioso.

Ana seguía con Felipe no porque quisiera quedarse en ese ambiente hostil sino porque ya no podía salir sola sin ayuda de terceras personas, pero ¿quién le iba a ayudar con la buena reputación que tenía de él la sociedad, su familia y entorno? Nadie la creería. Lo mínimo que dirían sería que estaba “exagerando”.

La realidad era que Felipe causaba a Ana violencia sistemáticamente primero de palabra y luego de obra.

Ana veía su futuro de color negro. Estaba sola con un hombre normal, sin ningún trastorno de la personalidad y maltratador, que no la quería, aunque a veces la hiciera dudar de sus sentimientos; haciéndole vivir como normal, una vida que era anormal, carente de afectos y de cariños, salvo en los episodios de “luna de miel”.

Ella, pensaba que la situación iba a empeorar día tras día, puesto que al final llegaría un momento en que encontraría a otra mujer y se desharía de ella.

Su futuro lo veía muy oscuro esa mañana de otoño. Siendo inteligente y abogada, se preguntaba ¿por qué estoy en casa sin poder trabajar?

Ana pensó ese día en dos estrategias como huida hacia adelante, en respuesta a la agresión que padecía, lo suficientemente fuertes como para que no se le volvieran en contra:

—La agresión y homicidio del marido, o el suicidio.

Ambas darían un resultado desesperado, pero no hablaba otros mecanismos de resolución del conflicto pues ya había intentado antes otras formas de pedir auxilio y tampoco le habían dado resultado.

De las dos opciones, optó por el homicidio. De forma calculada se hizo con una dosis de cianuro lo suficientemente letal y una noche después de cenar ella, nunca se sentaban a la mesa juntos, vertió el veneno entre la cena del marido quien lo ingirió sin ningún tipo de sospecha.

Al irse a la cama, Felipe ya no despertó.

Ana, al día siguiente, llamó a la policía. Su voz no era segura, pero tampoco titubeante. Era fría y seca, reconociendo los hechos.

El juzgado ni apreció ninguna atenuante ni eximente en la conducta de Ana, como la legítima defensa o el mie-

do insuperable, y fue condenada como homicida en primer grado. Sus declaraciones sobre la victimización de malos tratos no fueron creíbles.

Ya en prisión, y siempre protegida por la asociación de mujeres feministas independiente del barrio al que pertenecía, que sí la creyó, en base a nuevos informes emitidos con su recuperación, se logró dos años más tarde, su indulto por parte del gobierno. Tarde, pero llegó.





## Un final conocido

Ambas eran amigas y voluntarias en la ONG “Todos contra el cáncer”. Esta mañana de otoño policromado estaban realizando una sesión formativa de Internet. Marta tenía un nivel muy básico y Lucía un poco más avanzado.

En la mitad de clase ocurrió un hecho simpático que hizo reír a carcajadas a toda la clase: el profesor indicó que cerraran las ventanas y Marta, presta, se dirigió a cerrar una de las ventanas de la sala creyendo que estaba abierta.

–Pero Marta ¿qué haces? – le preguntó el profesor.

–Cerrar la ventana de la sala que pensaba que estaba abierta tal y como lo ordenó– contestó.

–Me refería a la ventana del aspa de Google –le dijo el profesor.

Su amiga Lucía se lo explicó. Al enterarse Marta de su error, dado que su carácter era el de ser muy alegre y jovial, a pesar de sus más de cincuenta y cinco años, estalló en un

sinfín de risas que contagió a toda la clase y que duraron más de cinco minutos. Tenía buen humor hasta para reírse de ella misma.

Después de clase Lucía y Marta decidieron ir a tomar un café. Lucía estaba muy preocupada por lo que había pasado en clase porque pensaba que era otras de las muchas lagunas mentales que Marta estaba teniendo últimamente, pero ésta la tranquilizó diciéndole que acababa de pasar todos los exámenes médicos y que habían salido bien y que lo del aspa realmente no lo sabía. Que había sentido cierta vergüenza, pero lo intentó disimular. Todo ello, le dejó más tranquila a Lucía.

Marta y Lucía eran ambas voluntarias, pero en un departamento distinto de la organización. Así, mientras Lucía tenía atribuidas funciones administrativas (base de datos, curricular...), Marta se recorría por las mañanas de lunes a jueves todos los hospitales de Madrid prestando su voluntad más sincera y altruista a los pacientes de cáncer.

Al tener conocimientos de peluquería y estética, les aplicaba diversos tratamientos de belleza y les tintaba y peinaba el pelo. El único coste para los enfermos era el material, pues el instrumental era propiedad de Marta. Con los pacientes más desvalidos, aquéllos que ya estaban en fase terminal, lo que hacía era comprarles el libro que ellos deseaban y luego cada día les leía un fragmento. En alguna ocasión se le murió algún paciente leyéndole un libro. Ella contaba que morían en paz, con una gran sonrisa en su cara

y desprendiendo mucha luz. Además, solían estar tratados por las diversas Unidades del Dolor por lo que no sentían ningún malestar al morir.

El padre de Marta también murió de un cáncer, cerebral. Marta se hizo diversas pruebas genéticas y le confirmaron que tenía una cierta predisposición hereditaria a contraerlo y por eso cada cierto tiempo se tenía que hacer revisiones. Lo importante es que determinado gen no mutara y apareciera un tumor maligno, es decir, que “diera la cara”, como se suele decir vulgarmente. Ella era muy consciente de ello y de ahí su dedicación a la ONG de manera tan vocacional y altruista. Tenía el don de hacer felices a todo el que se cruzaba en su camino, incluso a los enfermos con pocas horas o días de esperanza de vida.

Marta albergaba en ella paciencia, paz, fuerza interior y conciencia de la enfermedad, pues la conocía mejor que nadie.

Un día llamaron por teléfono a la casa de Marta:

–¿Quién es? – pregunto Marta al teléfono.

– Lucía– respondió su amiga.

–¡Ah! Lucía, no me digas sólo Lucía, dime, soy “tu amiga Lucía” respondió Marta.

Marta valoraba mucho la amistad.

Pasaron tres meses de labores del voluntariado por parte de las dos y, como todos los viernes, Lucía llamo a

Marta para preguntar por ella y los peores presagios parecían que se habían cumplido:

—¿Quién es? —preguntó Marta

—Tu amiga Lucia, qué tal te encuentras —le contesto Lucía.

—Tengo que decirte que empecé con la quimioterapia. No te dije nada antes porque no te quería preocupar, pero ahora ya está confirmado. Tengo la misma enfermedad que mi padre —le contesto Marta.

—¿Y puedo ir a verte?—le preguntó Lucía.

—Mira, si me recupero, yo te llamo ¿vale?— le dijo Marta.

Lucia después de un cambio de ciudad y de ocho años transcurridos sigue esperando una llamada de su amiga Marta.

# Darina

La joven Darina se encontraba esa mañana en la capital de Bratislava, Chequia, un país en vías de desarrollo. Estaba haciendo cola en las oficinas de la agencia pública de empleo en busca de un trabajo o de algún subsidio. Su situación era especialmente vulnerable. Vivía con su madre que cobraba una exigua pensión de viudedad y tenía una hija menor de tres años. Su marido le había abandonado estando ella embarazada. Desde niña, su familia siempre estuvo en el umbral de la pobreza y no había podido estudiar. En su país pasaba como un ser invisible.

Cuando estaba haciendo la “cola del paro”, se le acercó un hombre de mediana edad, vestido de traje y chaqueta a juego y le preguntó si estaba atravesando una mala situación económica. Le dijo que, si era así, él le podía ayudar.

—Sí —contesto Darina.

Él le hizo, en ese momento y lugar, una oferta de trabajo. Le entregó un pasaporte y visado para viajar a España.

Se trataba de un contrato de trabajo donde ella trabajaría como limpiadora interna en una casa de las más ricas de Madrid por tiempo indefinido, persuadiéndola al decirle que podría mandar dinero a su familia todos los meses.

La muchacha creyó firmemente a este hombre a la vista de la documentación que aportaba y por la seguridad con la que hablaba, que era empática y agradable al trato, y no sospechó en ningún momento de por qué se había dirigido este caballero solo a ella con todas las personas que estaban en la cola.

El traslado se haría en autobús desde Bratislava a Madrid dentro de una semana y se despidieron fijando el día y el lugar del reencuentro.

En su casa se sentía, de un lado, alegría porque se acabarían los problemas económicos y, de otro, pena por la partida de Darina. La madre sospechó que no supiera aún la dirección de su nuevo puesto de trabajo, pero su hija le dijo que no se preocupara, que ya se la dirían y ella luego a la familia para poder escribirse.

Durante el trayecto, fue acompañada en el autobús por un hombre diferente al de la cola del paro. También iba acompañada de más mujeres de su país que relataban el mismo destino y trabajo que ella. ¡Todo está bajo control!, se decía

Darina. Todas las mujeres eran jóvenes, esbeltas y muy atractivas.

Al pasar la frontera y llegar a España por Irún los miembros que estaban organizando este traslado les dijeron que tenían que entregar el pasaporte y la documentación ya que tenían contraído con ellos una deuda de tres mil euros por las gestiones y el transporte del viaje. Cuando pagaran la deuda se les devolvería la documentación.

Empezó a sospechar sobre la veracidad de todo lo relatado hasta ese momento y temió estar en situación irregular. Entonces qué intenciones tenían con ellas, se preguntaba Darina.

El autobús les dejó a las afuera de Madrid en una parada reglamentaria donde les estaba esperando una furgoneta grande.

Fue allí donde estalló la verdad. Los tres hombres que iban con ellas les advirtieron que eran víctimas de una trata de blancas destinadas a la prostitución y que habían sido engañadas con la oferta de trabajo. Fueron amenazadas, si no pagaban la deuda, en ser perseguidas si eran devueltas a su país de origen por cualquier causa, en ser nuevamente víctima de una trata, en sufrir violaciones, o ser asesinadas... También podían amenazar a sus familias con hacerles daño si intentaban huir.

Se les leyó una serie de prohibiciones como que no podían tener contacto con el mundo exterior, familia y amistades, control o prohibición de llamadas telefónicas, se les incitaría a tomar drogas o alcohol, y pagarían un alquiler

abusivo de la habitación donde iban a residir de ahora en adelante, y donde iban a ejercer la prostitución, obligándolas a comprar en la misma casa los productos de higiene, ropa o alimentos a precios desorbitados.

Estuvo recluida en una casa de esas, ejerciendo la prostitución alrededor de dos años teniendo a su familia engañada diciéndole que estaba bien y mandaba dinero a su casa a espaldas de la organización. Normalmente, con ayuda de algún cliente. Su salud se tambaleaba pues sufría problemas de sueño y ansiedad. Era una banda muy peligrosa y sabía que su vida pendía de un hilo.

Un día al bajar al bar que se hallaba debajo de la casa donde vivía y donde frecuentemente quedaba con los clientes, se enteró de un número gratuito para mujeres que sufrían malos tratos. El castellano lo entendía bastante bien en estos dos años.

Era un número que no dejaba rastro de llamada por lo que no tuvo miedo a llamar y pedir ayuda. Inmediatamente se inició una investigación policial que se prolongó seis meses con pesquias.

La joven tuvo la fortaleza y coraje de poner una denuncia y gracias a ello y a otras mujeres, cayó la organización criminal, interceptándose armas y pasaportes falsos igual que contratos de trabajo falsos y mucho dinero.

Debido a la denuncia de nuestra protagonista y su contribución al esclarecimiento de los hechos, consiguió la re-



sidencia temporal por cinco años en España y un puesto de trabajo.

Hay muchas Darinas, pero no siempre corren la misma suerte que ella.



# Deberes

Soy un agresor, tutora. Llevo acusando a mi compañero de clase Jonás, desde hace dos años y me doy miedo hasta de mí mismo”

La tutora le preguntó que, por favor, le relatara los hechos de la manera más exhaustiva posible.

Andrés contó que se sabía con pinta de “matón” pues todos sus amigos así se lo decían, mientras que Jonás era débil y sumiso. Además, era de color de pelo y de piel distinto a los demás y tenía muy pocos amigos.

Las agresiones y chantajes emocionales comenzaron cuando Andrés empezó a tener dificultades a la hora de pasar del curso en el Bachillerato. Pasó de un curso a otro por los pelos. Fue entonces, cuando viendo a Jonás, lo empollón e inteligente que era, le hizo víctima de sus amenazas verbales y psicológicas, pues a partir de ese momento le empezó a decir que los problemas de matemáticas tenían que pasárselos en el recreo si no quería verse sin ningún

amigo en el colegio. Hecho que luego se fue extendiendo a todas las asignaturas. Además, en los exámenes, y por debajo de las mesas, Jonás pasaba los resultados a Andrés y hasta entonces los profesores no les habían pillado.

Andrés no se conformaba con un tipo de agresión. También le pedía dinero a su víctima para drogas y tabaco los fines de semana. En el barrio se conocían y el acoso también llegaba a cometerlo fuera de las aulas.

En su autoinculpación, Andrés recuerda un día en que Jonás se resistió, y no le ayudó con los trabajos escolares, que le arrinconó en el patio del colegio y en presencia de otros compañeros que miraban la escena, le propinó diversos puñetazos hasta hacerlo llorar. De esta situación, en la que paradójicamente, mejor salió parado fue el agresor puesto que aumentó su liderazgo en clase, mientras que la víctima lo que aumentó fue su baja popularidad entre sus compañeros.

La tutora preguntó a Andrés por qué se había comportado así con la víctima en lugar de pedir ayuda a los profesores para los trabajos de clase. Este respondió, echando balones fuera, que su padre era alcohólico y su madre le pegaba desde niño. Ambos padres eran muy autoritarios, nunca le ayudaban con sus problemas. Todo eran órdenes. Temía que sus padres le dieran una gran paliza si llevaba algún suspenso a casa.

La tutora también le pregunto por qué había decidido auto inculparse del comportamiento con Jonás. Andrés res-

pondió que porque le habían hecho sentirse un delincuente. Había estado hablando durante una semana con un alumno–mediador, de los que había por el colegio, sobre el tema y le había hecho ver, como consejero, la realidad de otra manera muy distinta. Le dijo que las consecuencias de su acoso escolar eran negativas para todos, que nadie ganaba y todos perdían. Que era mejor que “te respetasen por solidario y buen compañero que porque te tuvieran miedo”.

Por eso, aunque él tuviera confianza en sí mismo, quería que le enseñaran a ponerse en el lugar de Jonás que no sabía hacerlo. Estaba dispuesto, incluso, a pedir perdón a Jonás, pero todavía no sabía; ahora querría ser amigo suyo. No se gustaba a sí mismo. No quería ser un delincuente de mayor.

También pedía ayuda a la tutora para que hablara con sus padres y que si suspendía alguna asignatura no tomaran represalias contra él.

Jonás, se enteró del arrepentimiento de Andrés a través de la tutora y el director del centro escolar, en una sesión de tutoría. Estaba destrozado, con fuerte ansiedad, les relató que todo lo que les había contado el agresor era cierto y que ya no podía más y que necesitaba ayuda de la gente porque la mayoría de sus otros compañeros por miedo se ponían de lado del agresor porque temían que se les llamara chivatos. Sólo se mostró agresivo una vez con Andrés, pero en los demás de los casos era muy sumiso a todo lo que él

le ordenaba por miedo a represalias y a que cumpliera sus amenazas como la de quedarse sin ningún amigo.

Jonás no comprendía que estaba en la más absoluta de las soledades y que el agresor y sus testigos mudos en realidad no eran sino amigos falsos de los que no debía fiarse. Amigo, realmente, solo tenía uno en el colegio, Rafael. Todo era puro chantaje emocional.

Jonás respondió a la tutora que estaba lleno de impotencia y de ira pero que si su agresor estaba de verdad arrepentido él también podía estar dispuesto a perdonarlo.

La tutora, a continuación, tomó, entre otras, la determinación de realizar sendos programas de intervención individualizados para cada alumno y citar a los padres de ambos chicos, a los testigos mudos y a Rafael, así como al alumno que había sido mediador. También solicitó un informe orientador sobre los hechos al coordinador del colegio.

Con estas primeras actuaciones se iniciaba el protocolo de actuación de acoso escolar en el instituto. Se supone que el resultado sería positivo para todos.

# Decadencia

En el barrio había una pista muy popular que la gente la llamaba “la pista del colesterol”. Su nombre venía de la edad de las personas que más la frecuentaba: personas jubiladas con hábitos saludables.

Carmen y Lorenzo eran un matrimonio más que salía a pasear por la pista para mantenerse en forma y tener bien los niveles de la tensión arterial y el colesterol, principalmente. Ambos tenían 75 años de edad. Recorrían cuatro kilómetros diariamente.

Mientras paseaban, charlaban de su familia y del entorno sociopolítico y económico del país y del mundo en general. A ambos les gustaba estar enterados de la actualidad. Sin embargo, era Lorenzo el lector y su mujer la escuchante, pues esta no tenía el hábito de la lectura.

Una de las mañanas, con un amor profundo hacia su esposa le recriminó: ¿Pero no te acuerdas de quién fue el

último presidente de Estados Unidos antes que el actual?, te lo acabo de decir.

Ella, triste y taciturna, cabizbaja le respondió: “lo siento Lorenzo, no me acuerdo, a veces me olvido hasta de mi nombre y el de nuestros hijos y nietos. Curiosamente del tuyo no. No te lo quería decir para no preocuparte”

El matrimonio llegó a casa, Carmen se puso a preparar la comida y mandó a su esposo a poner la mesa; no se acordaba tampoco del nombre de los cubiertos; al cabo de unos minutos sí los recordó: cuchara, cuchillo y tenedor.

Lorenzo seguía expectante y atento al comportamiento de su mujer. Decidió hablar con ella y sacó una conversación banal sobre qué pensaba del nuevo colegio de la nieta menor. A Carmen le costaba mantener una conversación de más de dos minutos. Tranquila y calmada, le dio una opinión con monosílabos y alguna frase corta:” bien, veremos, habrá que esperar”, sus razonamientos lógicos eran bastante ausentes también.

Llegada la tarde, la esposa salió a comprar al supermercado más próximo a su casa y a la hora de pagar se le había olvidado el monedero. ¡Qué bochorno!, pensó la anciana. Tuvo que dejar la compra en el supermercado, ir a casa a por el dinero y volver pagando la factura. Cuando salió del establecimiento, estaba tan nerviosa y ansiosa que se desorientó y fue a casa de una vecina amiga suya, en lugar de a la suya.



Ambas rieron del hecho.

El esposo, mientras tanto, estaba en casa preocupado por la tardanza de su mujer. Cuando esta llegó, no tuvo más remedio que contarle la verdad de lo ocurrido. Lorenzo se angustió de sobremanera.

Ante todo, este cúmulo de circunstancias, el esposo pensó que los olvidos y las pérdidas de memorias repentinas, podían esconder alguna enfermedad. Decidió pedir citar con el neurólogo.

Ya, delante del médico, éste realizó a Carmen diversos test clínicos y tras su exploración, le diagnosticó demencia vascular, es decir, micro infartos cerebrales. Les dijo que era neurodegenerativa.

El doctor aconsejó al marido que delegara en la familia cualquier tipo de responsabilidad importante de su esposa.

Desde ese día Lorenzo “llevó muy mal” la enfermedad de su mujer. Siempre andaba angustiado, acongojado, desesperado por la degeneración física y mental de su esposa.

Carmen cada día hablaba menos.

La hija de ambos les dijo que estaban, a su parecer, cometiendo un grave error: no adaptarse a las nuevas circunstancias de la enfermedad. Tenían que vivir con ella. Si lo hacían volverían a ser felices, porque el amor que les unía haría superar cualquier adversidad.

Efectivamente, el amor se impuso, finalmente, al temor y a la pena. El esposo, llevaba a su mujer dos días por semana a un centro de fisioterapia especializado en este tipo de pacientes y hacía que su mujer tomara la medicación prescrita. Con su trato alegre y tierno, evitó que su mujer cayera en la ansiedad o en la depresión, a medida que ella se iba viendo más degenerada y dependiente de terceras personas.

La fase última de la enfermedad de Carmen duró ocho años y se vivió en toda la familia con la mayor naturalidad posible.

Un día, llamaron a la hija por teléfono. Era su padre. Ella cogió el teléfono y preguntó: ¿Mamá ha muerto?

—Sí. Murió entre mis brazos con una sonrisa. Parecía que estaba quedando dormida. No tuvo ningún dolor ni sufrimiento respondió el padre.

La hija recuerda siempre que su madre le preguntaba ¿Y tú hombre?, refiriéndose a su yerno. La hija sabía que, con esa pregunta y su entonación, su madre siempre fue muy feliz con su padre.

## Detalles

Mi madre siempre ha opinado que la pareja tiene en común menos que tu familia biológica porque “a tu marido te lo encontraste en la calle”, y procede de su propia familia también.

¿En qué nos vamos a parecer entonces? Reflexiona mi madre.

Ello, de otra parte, nada tiene que ver con el sentimiento de amor y afecto que sientas por tu compañero. Son dos reflexiones distintas.

Mi amiga Laura es una persona muy detallista y quiere mucho a su pareja. Dice que ésta, también la quiere a ella. Que le ayudó a salir de una anterior relación amorosa muy tortuosa.

Sin embargo, hay algo que hace sufrir terriblemente a mi amiga y que se debe al comportamiento de su novio.

Éste, se queja Laura, no es detallista con ella; y ello es muy importante para mi amiga porque para ella es una for-

ma de demostrarla amor y cariño. No basta con saber que la quiere, tiene que demostrárselo con detalles y pequeños regalos.

Fiel a ese convencimiento, ella siempre resulta detallista con él y le compra algún detalle más o menos caro en función de su capacidad económica en ese momento.

Un día terrible fue, el famoso “Día de San Valentín”, en el que ella le compró unas piruletas de caramelo en forma de corazón con un “te amo” y ella esperando otro detalle por parte de él, se quedó con la cara hecha un cromo pues no recibió ningún regalo. “Tan solo un beso” decía mi amiga.

En cierta ocasión, cuando ella le regaló una pulsera de plata, lejos de agradecersele, le echó una reprimenda por haberse gastado tanto dinero.

Mi amiga lleva 15 días sin comer del disgusto que tiene. Está a base de líquidos. Dice que tiene un nudo en el estómago que no le deja tragar nada.

A mí me preocupa su estado de salud. Al verla llorar desconsoladamente, se ve claramente que lo que cuenta no es nimio para ella; le afecta y mucho; para ella tiene gran relieve e interés.

Laura se halla en un callejón sin salida. Me dice: ¿Por qué no cambia? Ella cada vez realiza más detalles a su pareja con el propósito que éste le imite y aunque sea uno contra cinco de ella, él para no verla sufrir en casa, cambie en parte

y también tenga algún detalle. Sin embargo, el comportamiento de mi amiga, lejos de provocar un cambio en el de su novio, todavía es peor para los dos: ella se frustra y llora cada vez más, y él se enoja soberanamente y le recrimina el gasto superfluo que está haciendo. Estaba claro que, para él, el amor de pareja no se demuestra con ese tipo de detalles.

Ella no se percata que la forma de pensar de su novio a este respecto forma parte no, de un hábito fácil de cambiar o de una simple preferencia, sino al núcleo de su personalidad. Por tanto, solamente se producirá el cambio si él quiere cambiar y no por el comportamiento de ella.

Yo le hice saber esta opinión a mi amiga. No lo entendió, pero al menos ahora comprendí la inutilidad de su empeño en cambiar a su novio. Se seguía sintiendo mal.

Hablamos sobre otras formas de demostrarse afecto entre la pareja. Ella me dijo que él era un hombre trabajador y cariñoso con ella; que con su minusvalía física siempre se había portado muy bien pues la trató como una persona “normal” y la defendió de todo aquél que la quisiera discriminar.

En realidad, según su novio, me dijo mi amiga, “esas actitudes eran las más importantes”.

La verdad de esta historia era que entre ellos hay una notable diferencia de edad, de madurez y de sensibilidad.

Todo esto ocasiona algunos conflictos como el de “los detalles” de mi amiga Laura.



# Eduardo

El atestado no dejaba lugar a dudas: la víctima había fallecido durante el acto sexual por infarto de miocardio. Realizaba prácticas sadomasoquistas y tomaba viagra. Tenía 72 años. Homosexual.

Cuando la comisión judicial acudió al lugar de los hechos no hallaron a la persona contratada por el fallecido para la práctica del acto sexual Su nombre resultó ser Eduardo, chapero o puto como se le prefiera llamar. Voluntariamente, se había presentado en la comisaria para relatar lo ocurrido.

Antonio, el fallecido, sostenía económicamente con 20.000 euros anuales a Eduardo quien, a cambio, tenía que tener sexo con él dos o tres veces por semana de la forma que más le gustaba a Antonio, es decir, con sado.

Eduardo lo consideraba el mejor cliente. Cuando ocurrió el hecho, la muerte de Antonio, aquél salió huyendo porque temió que le acusaran de algún delito, pero después

recapacitó y vio que no le podía incriminar en nada y decidió presentarse como testigo ante la policía.

La jueza archivó el asunto provisionalmente por no existir suficientes indicios delictivos como para seguir con la causa abierta.

Eduardo se dedica a la prostitución masculina desde que tenía 32 años, es decir, desde hace once años. Comenzó por una mala situación económica. Es heterosexual, está casado y tiene cargas familiares.

Su móvil tiene que estar permanentemente disponible. La mayor parte del día la pasa en el prostíbulo donde paga el 50 por ciento de sus ganancias al gerente del negocio.

En la prostitución masculina no existe la agresividad hacia el que practica la prostitución como en la femenina y, de hecho, son los clientes quienes pueden salir peor parados.

La práctica de la prostitución masculina es mucho más intensa que la femenina por lo que Eduardo debe pasar largas horas en el gimnasio para estar en plena forma.

Aspira a cambiar de vida, pero no lo tiene fácil. No tiene contactos fuera del mundo de la prostitución y sus hijos son menores. Su mujer padece una minusvalía sensorial que le hace complicado encontrar trabajo.

Las ganancias, además son un freno para dejar este “negocio” como él lo llama, pues supera los 3000 euros mensuales.



Periódicamente Eduardo acude a sus chequeos clínicos en aras de prevenir sobre todo las enfermedades de infección sexual. Con los clientes siempre impone el uso del condón, pero con los clientes—amigos se relaja y es donde tiene el peligro de contraer alguna enfermedad.

Un día estando en la salita de espera de la clínica, el médico le llamó y le dijo que era portador del sida, por lo que podía transmitir la enfermedad a otras personas.

Como las noticias corren como la pólvora, a partir de ese momento el negocio se le vino abajo. Ningún cliente le llamaba para el sexo.

Afortunadamente logró encontrar trabajo como basurero por las noches con un camión.

La familia se tuvo que adaptar a la nueva situación económica.



# El dilema

Esta historia versa sobre dos jóvenes universitarios, Marta y Pablo, que tuvieron el infortunio de “embarazarse” involuntariamente. Su relación amorosa no venía de muy largo, apenas dos años, y fue en la Facultad de Farmacia de Murcia; aunque se conocían desde pequeños del barrio. A pesar de su corto romance, se compenetraban muy bien, y tenían planes de futuro; se sentían muy dichosos de estar uno con el otro y viceversa.

Ahora se les presentaba en la vida este gran problema para el que ninguno estaba preparado y ante el cual, cada uno daba una opción distinta y definitiva.

Así, mientras Pablo proponía continuar con la gestación de ocho semanas de duración alegando que se haría cargo, como un buen padre de familia y de la criatura en todos los sentidos, desde el plano afectivo al económico, no deseando como buen cristiano que ella interrumpiera voluntariamente el embarazo, Marta, mucho más pragmática y agnóstica decía que la realidad objetiva era otra, que la

sociedad patriarcal que todavía reinaba en España le llevaría a ver truncada su carrera, al ser madre prematura y a estar llena de frustraciones y resentimientos contra ella y contra su novio.

Había, pues, un dilema planteado, pero no sabían cómo resolverlo.

Marta no quería tampoco que la noticia la supieran las familias y amigos cercanos pues podían equivocarse en sus opiniones bienintencionadas, cuando este tema era eminentemente íntimo de los dos. Tampoco quería Marta que si naciera el niño fueran los abuelos los que se encargaran fundamentalmente de su crianza pues ello le podía generar un sentimiento de culpa y después quién sabe si una depresión.

Marta no quería la “doble jornada” ponerse a trabajar, dedicarse a lo público y al mismo tiempo ser ama de casa, máxime cuando aún no tenía acabada su carrera. A ambos solo les quedaba los dos últimos años de la Universidad. Recapacitando Marta temía también quedarse en casa como “mujer florero” al cuidado de la criatura y de Pablo, mientras que éste se pudiera ver obligado a elegir entre los estudios y el trabajo optando por el trabajo, que a todas luces sería, sin cualificación profesional, de muchas horas y mal pagado.

Con gran acierto y madurez emocional, esa misma mañana en que estuvieron hablando sobre el aborto voluntario decidieron pedir ayuda y asesoramiento a la trabajadora

social del centro médico del barrio; después de pedir cita previa, ambos se encontraban sentados en frente de ella.

—Me parece estupendo que intentéis llegar a un acuerdo en esta cuestión tan delicada, pero debéis saber que la última decisión siempre la tiene la mujer, en este caso Marta, que además puede decidir por sí misma al ser mayor de edad— dijo la trabajadora social.

Marta le explicó sus razones claras y contundentes y sin bacilar en ningún momento, de por qué no quería tener una criatura en estos momentos; pero también reconoció que sentía pena por el embrión que llevaba en su útero y que en un futuro se podría convertir en una persona.

—¿No hay otra alternativa entre el aborto voluntario o el embarazo y tener a la criatura? —preguntaron ambos.

—Sí, hay una tercera opción —dijo la trabajadora social— consiste en darle en adopción una vez nazca, diciéndolo al centro social o al Hospital donde va a tener lugar el parto. Además, Marta, tienes un plazo de un mes para revocar tu consentimiento y quedarte con la criatura desde la fecha del nacimiento.

Ambos, Pablo y Marta se miraron y su cara se les iluminó. Habían hallado una puerta de salida a su dilema. Ahora darían la noticia a su entorno más cercano. Se sentían dichosos porque contaban con suficiente tiempo como para madurar más la decisión y si tras el parto Marta no deseaba tener la criatura la darían en adopción.



## El viejo coche

Ambos vivían en el mismo barrio y estaban en la “flor de la vida”. Tenía 18 años y estudiaban bachillerato en el mismo Instituto. Siempre estaban juntos y tenían la misma pandilla de amigos.

En su relación amorosa a ambos les gustaba que cada uno diera su opinión de lo que pensara del tema que fuera. También les gustaba contarse todo. Cuando se enfadaban eran muy nobles y el que había iniciado la disputa pedía perdón enseguida al otro y a otra cosa mariposa.

Una mañana de sábado estaban pensando que con los ahorros que tenían ambos, podía comprarse un coche de segunda mano para desplazarse hasta el instituto y salir los fines de semana y ya no tener que depender del búho, último autobús de la noche, los fines de semana. Sin más miramientos ni pactos de ningún tipo, fueron enseguida a hacer la compra que ascendió a 600 euros. Javier conocía un viejo taller por mediación de su padre.

El novio de Blanca nunca había dado el más mínimo signo de machismo hacia su novia ni hacia ninguna mujer, pero al haber comprado el vehículo hubo algo que cambió en él, se comportaba de una manera un “tanto rara”. Ya nada más salir del taller le dijo a Blanca:

—¡Déjame a mi conducir que tú no sabes!

Blanca, como siempre, puso el dedo en la llaga cuando preguntó:

—¿Cómo nos vamos a repartir el uso del coche, porque la propiedad es de los dos, pero el uso...?

—¿Por qué no me dejas conducirlo también a mí si yo también tengo el carnet de conducir?

—Bueno —respondió él— porque no me fio. Las chicas conducís peor que los chicos. De hecho, el seguro os cuesta más caro que a los chicos por eso decidí ponerlo a mi nombre.

—No te conozco, Javier —le recriminó Blanca.

Era evidente que Javier tenía prejuicios y mitos machistas androcéntricos y que estaba ejerciendo sobre su novia un tipo de violencia, la económica, como manifestación de un tipo de violencia de género, con la excusa del vehículo, pues la consideraba inferior a él no porque condujera peor que él que sabía que también tenía el carnet, sino por el hecho de ser mujer y solo por eso y sin embargo se había apropiado de su dinero sin el cual no se había podido com-



prar el coche con el que desde hace tiempo soñaba. Estaba claro que entre el coche y ella había optado por el coche en torno a sus afectos.

Blanca le repitió la pregunta sobre el uso del coche

Javier le dijo que sería él quien tendría el coche en posesión y que la vendría a buscar tanto para estudiar como los fines de semana porque, total a las chicas ni les gustaba conducir, ni les gustaban los coches.

Después de discutir este tema, cada uno se fue a casa a comer. Él se llevó el coche y ella se marchó andando.

Blanca, al llegar a casa, se encontró con su madre que era una mujer culta e inteligente y trabajaba como jefe de división en una Administración Pública. Blanca le relató lo ocurrido y su madre después de advertirle que le tenía que haber contado que iba a comprar un coche, porque era una decisión importante aunque el dinero fuera suyo, también le dijo que su novio se estaba dejando llevar por la opinión mayoritaria de la sociedad en este aspecto: aquí, la mayoría de la gente olvida que tener un coche da mucha independencia a quien lo tiene pues no dependes de un transporte público en una situación de urgencias por ejemplo , ni de alguien que te lleve y te traiga a todos los sitios. Por eso, le dijo la madre, tu padre y yo quisimos que tú te sacaras el carnet al cumplir los 18 años.

Blanca comenzó a llorar desconsoladamente y dijo que ahora tenía dos problemas: el coche y su novio.

Su madre le respondió que por el coche no se preocupara, que no había sido demasiada inversión. Que cuando fuera su cumpleaños le comprarían un coche a ella. En cuanto a Javier, la situación era más delicada. Le recomendó que fuera a hablar con él y que, si seguía en sus trece que cortara la relación, porque en un futuro podía ser peor.

A la mañana siguiente, Javier fue a buscar a Blanca con el vehículo para ir al Instituto. Estaba callado porque la situación estaba tensa y esta vez no optó por dar una opinión como hacía de costumbre. Blanca, sin embargo, sí quería hablar del tema.

—¿Has estado pensando en mi pregunta sobre el uso del coche?

—Sí —le contestó— ¿Serías capaz de dejarme sólo por ese motivo?

—Sí y sería por lo que representa. Me quieres controlar y hablas por mí ¡tú qué sabes lo que me gusta conducir o lo que yo también puedo necesitar el coche en un momento dado? —respondió indignada Blanca.

—Está bien, repartimos el uso del coche también a un 50% —contestó Javier.

Ambos se sonrieron y se dieron un apretaron de manos en señal de victoria y no era para menos puesto que habían resuelto un duro conflicto de intereses.

## El vínculo afectivo

Patricia era una estudiante universitaria de la Facultad de Educación Social de Huelva, que estaba en el último año de carrera y que tenía que realizar seguidamente las prácticas durante un tiempo de medio año. De las diversas opciones que le había propuesto la Universidad, al final, se había decantado por la realización de las mismas en una ONG llamada Fundación “Lince Ibérico”.

Patricia era una persona muy solidaria y con muchas inquietudes altruistas, desbordando generosidad allí por donde iba, y su deseo más maravilloso sería poder trabajar algún día en una ONG como la Cruz Roja u otra similar

El propósito de esta ONG era” trabajar” con niños y niñas de primaria y secundaria procedentes de familias desestructuradas con apegos inseguros o ambivalentes. Se trataría de padres sin arraigo nacional, en situación irregular en nuestro país y con escasos ingresos la mayoría de ellos; con un nivel educativo bajo o muy bajo.

Poder dejar a sus hijos todos los días de lunes a viernes de cuatro a ocho de la tarde gratuitamente les permitía no tener que pagar una guardería a cuyo acceso no podían económicamente, mientras ellos trabajaban. A su vez, sus hijos lograban socializar con el grupo de la ONG, usuarios y profesionales que los llevaban a un apego más seguro con el fin de dotarles de mayor seguridad y autonomía para el futuro.

Patricia se presentó en la Fundación y tal como le dijeron por teléfono preguntó por Fernando:

¿Es usted Fernando, el presidente?

Sí tú debes ser Patricia, la alumna en prácticas.

Después de las presentaciones oportunas, el presidente relató a Patricia el proceder de la Fundación. Lo ideal es que hubiera un voluntario por cada niño o niña. Si no era posible, porque habitualmente estaban escasos de recursos de personal, un mismo voluntario llevaría a dos y hasta un máximo de tres niños. En este caso le dijo que podía elegir, señalando con el dedo, entre Noemi, ecuatoriana, y Álvaro de nacionalidad española. Le comentó que le daba diez minutos.

Esa tarde en la organización había mucho revuelo, porque Patricia había llegado a la hora de los juegos. Había un corcho en la pared donde se iba anotando cuales eran las puntuaciones de los distintos equipos. Patricia reconoció a varios hermanos que estaban juntos, aunque separados en dos salas por razones de edad. El ambiente era de felicidad,

los niños se lo estaban pasando muy bien y había un griterío tal que traspasaba las paredes del centro.

En los diez minutos de rigor, Patricia estuvo observando el comportamiento de Noemi y de Álvaro ninguno de los cuales tenía asignado un cuidador como tal, sino que estaban en un grupo de un niño con cuidador. Pero hubo algo que a Patri le sorprendió: todos los niños salvo Noemi estaban jugando, mientras ella estaba concentrada en sus tareas del colegio. Hablaba y fantaseaba con ella misma mientras trabajaba con esmero su tarea.

Patricia se decantó finalmente por Noemi. Tenía siete años de edad. Le preguntó que por qué no jugaba, y ella de soslayo se sonrió, pero no la contestó nada haciendo ademán de que estaba cansada y que esa pregunta no le había gustado. Enseguida, Patri se dio cuenta que por ahí no “la iba a ganar”.

En lugar de esa pregunta le interrogó diciéndole si quería que le ayudara con los deberes. La expresión de Noemi fue otra completamente. Se puso seria, en señal de actitud responsable, le hizo signos de afirmación con el cuello y le dijo:

–Primero los hago yo y luego tú me los corriges.

–Vale –le contesto Patricia.

La niña estaba muy concentrada en las multiplicaciones y divisiones, pero no mostraba el más mínimo afecto.

Estaba muy motivada en la tarea, pero era fría como una roca. Trataba a Patri como si fuera la profesora del colegio. Sabía que la ayudaba, pero no le salían afectos, sentimientos ni emociones. Su mirada estaba completamente ladeada y apretaba los ojos en señal de concentración. No le importaban los ruidos que pudiera haber en la sala.

Cuando acababa, pasaba la libreta a Patri para que la corrigiera con gestos y sin mediar palabra.

Cada vez que la niña lo había hecho bien, Patri le daba un beso en la mano, en señal de aprobación y si había cometido un error le quitaba importancia para que no se frustrara porque era una niña muy perfeccionista y autoexigente. De adulta tendría problemas para perdonarse a sí misma sus errores y fracasos que todos tenemos en la vida.

Además, el castigo haría quebrantar el poco afecto que Patri lograba poco a poco que Noemi le fuera teniendo a su cuidadora.

Un día la niña dijo que quería jugar. El juego consistía en dibujar aquello que el presidente nombrara de palabra como por ejemplo una paloma, pudiéndose ayudar de la cuidadora y del material escolar. Ese juego fue crucial pues la niña empezó a sentir cariño, gratitud por Patri, y también curiosidad por el juego al mismo tiempo que empezó a hablar más, se hizo más vivaracha, no paraba de decirle a la cuidadora que tenían que ganar, y corría y pintaba todo el tiempo. Noemi quedó en segundo lugar como partici-

pante en el juego, pero había avanzado mucho en el plano afectivo.

Desde ese día, cuando llegaba la voluntaria a la Fundación su alumna la estaba esperando con impaciencia. Sin empezar los deberes. Además, ahora ya compartían la merienda que entregaba la organización.

Puesto que empezaba a tener un apego seguro de confianza y un vínculo afectivo sano con Patri, y dada la edad que tenía, siete años, no lloraba cada día al despedirse, solo decía que si al día siguiente se vería con Patri

–Pues claro Noemi –respondía Patricia.

Poco a poco su mirada fue dejando de ser de lado, de desconfianza y empezó a mirar a los ojos y de frente, con serenidad y tranquilidad, confiando en el mundo que la rodeaba. En definitiva, al principio solo estaba motivada en los deberes, ahora era mucho más sociable y comunicativa con sus compañeros y participaba más en los juegos que era una actividad voluntaria.

Todas las tardes terminaban con un dictado. Patri y la niña se reían mucho con las faltas de ortografía de esta última.

Fernando reconoció a Patri que ambas se habían compenetrado muy bien y que era un caso difícil.

Con estas conquistas la alumna crecerá más confiada en sí misma y en los demás, será más autónoma y tendrá mejores competencias sociales.

Un día, cuando vino la madre de Noemi a buscarla le dijo a Patri que su hija había cambiado mucho. Y esta le dio las gracias y con palabras llanas para que no hubiera problemas de comunicación le comentó que, si antes no mostraba la menor, ninguna señal al acercarse o separase de la mano de su madre, por ejemplo, era debido a que por los padres no se estaban atendiendo a sus necesidades de seguridad y protección que Noemi demandaba, y que el comportamiento de la madre debía de ser frío, posiblemente por desconocimiento de ambos padres. Patri le preguntó a la madre de la menor:

—¿Alguna vez le dijo que la quería o la dio un abrazo? Si no lo hizo hasta ahora, empiece, todavía hay solución.

La madre, con lágrimas en los ojos reconoció que no supo ser madre porque a ella nadie le explico nada nunca y que sentía un gran dolor. Patricia le consoló y dijo que ahora la menor estaba en buen camino.

Ese día madre e hija se fueron felices, mirándose a los ojos con una gran sonrisa y cogidas de la mano.

Patricia acababa esa misma semana las prácticas, con sobresaliente de nota final.



# Enseñanza

Después de haber pasado en mis estudios por muchas clases, aulas y centros educativos con múltiples perfiles de profesorado, y de haber realizado abundantes pruebas, test y exámenes teóricos y prácticos, se me viene a la mente qué cualidades debe tener un profesor, o, mejor dicho, un maestro competente.

Algunos de mis profesores los tengo completamente olvidados, pues recuerdo la asignatura e incluso la nota, pero el docente no me viene a la cabeza ni por su aspecto físico ni por su forma de ser.

Me imagino que este tipo de profesores, con pérdida absoluta de ilusión por la enseñanza, responden a los que consideran que su cometido es exclusivamente transmitir conocimiento y que sus alumnos, si lograr pasar sus exámenes, pasen al curso siguiente; sin más.

También he tenido profesores a los que recuerdo por lo mal que lo pasé en su asignatura. Suspendían a “casi toda la

clase”. No eran coherentes entre lo que explicaban y lo que preguntaban en el exámen. Por tanto, el suspenso estaba garantizado. Únicamente, estabas aprobado si por tu cuenta ampliabas los apuntes de la asignatura con material escolar. Desde luego este tipo de docentes no eran, ni serán competentes.

Hay otros profesores que tienen la fama de “duros” entre sus alumnos. Imparten miedo y ello les agrada. Confunden la autoridad y la disciplina con el autoritarismo. El primer día de clase te enseñan los objetivos y los criterios de evaluación que se pretenden para la clase, para motivarte, pero en realidad, solamente se fijan en las capacidades intelectuales del alumno y no valoran otros aspectos muy importantes como si existe algún problema familiar, la tolerancia, el compartir con los demás.... Apenas mantienen reuniones con los padres, pues no quieren añadir a su trabajo de docente en sentido estricto, otras tareas tan fundamentales como participar en charlas con padres o en los claustros con profesores. Además, suelen ser personas que no innovan ni se adaptan a las nuevas tecnologías, creando un abismo en el proceso enseñanza–aprendizaje con el alumno a quien no le enseñan nada en aspecto como la justicia o la solidaridad. Con este tipo de profesores, como con los dos anteriores, los alumnos suelen olvidar el contenido de lo aprendido porque ha faltado el proceso clave de la enseñanza.

Me encontré también con dos tipos de profesores que inicialmente parecería que responden a un mismo patrón, pero si escarbas un poco te das cuenta que no es cierto.

Se trata de los profesores con los que son fáciles de aprobar.

Evidentemente, lo pueden ser porque su nivel de exigencia personal o el de su asignatura, sea bajo y por tanto con pocas horas de estudio se apruebe la asignatura. Estos profesores, laxos, pueden sufrir, ante la falta de disciplina, agresiones y malos tratos por parte de alumnos violentos y conflictivos. La depresión del profesorado está muy relacionada con este tipo de asuntos.

También hay profesores que te hacen la asignatura fácil pero que gozan de gran autoridad y al mismo tiempo son accesibles y justos. Estos “maestros” educan, primero, conforme a sus valores y principios, segundo, siendo coherentes con ellos mismo y tercero, con lo que dicen. Sus clases parecen fáciles, pero sin darte cuenta estás a un alto nivel académico. Son profesores que no se conforman con las asignaturas “marías”. Su forma de enseñar, porque éstos sí que enseñan, es haciéndote pensar continuamente como forma de motivarte intrínsecamente pues te pica la curiosidad de lo que dicen y sobre todo de lo que preguntan.

Estos maestros siempre tienen las aulas llenas y los estudiantes se sienten felices y orgullosos tanto de asistir a sus clases como de ser alumnos de ellos.

Dada su condición de maestros, te guían en el camino de la vida, incluso una vez que has terminado la docencia con ellos. Tu a ellos le llamas “mi maestro Fulanito...” y

ellos a ti “mi ejemplar Alumna Menganita...” con el mismo orgullo por parte de los dos.

Lo aprendido con estos maestros en el proceso de enseñanza te acompañará toda la vida y además habrán fomentado muchas vocaciones profesionales.

Recuerdo estar en la Facultad de Derecho, en la Universidad Complutense cursando la Carrera. La mayoría de los profesores, sobre 1987, eran catedráticos, pero el estilo educativo era muy diferente de unos a otros.

El profesor de Hacienda Pública lograba que aprobaran tan solo un diez por ciento de sus alumnos. Recomendaba un libro que parecía un Vademécum médico. Afortunadamente para mí, el año que yo tuve su asignatura cayó enfermó todo el año y su sustituta, que no quería complicaciones, concedió un aprobado general.

El profesor de Derecho Procesal se sentaba en su mesa y posaba sus apuntes hechos a manos hacía al menos más de cinco lustros, totalmente amarillos, por el trascurso del tiempo y leyéndolos en alta voz, hacía que la clase fue tediosa. El 15 de mayo de cada año acababan sus clases. Era abonado a las Plaza de toros de las Ventas, en Madrid, y no se podía perder ningún año las corridas.

El caso más singular lo llevó a cabo el profesor de Administrativo, que, siendo valiente, se alejaba de los contenidos y objetivos del curso porque quería enseñarnos “de verdad”. Era miembro por aquel entonces del Tribunal

Constitucional y por ello nos explicaba casos prácticos muy complejos que tenía que resolver él mismo en su otro trabajo. Su examen era práctico y versaba sobre estos casos. Era difícil sacar buena nota con él, pero aprendías mucho y también era difícil suspender con él. Al explicar bien, era difícil no entender sus clases.

Me viene también a la mente el docente de Penal, persona afamada, dentro y fuera de las aulas, escritor y docente, que hacía las clases prácticas y fáciles porque quería que tuviésemos una base tan sólida en la materia que nunca se nos olvidara. Él tenía su propia doctrina, porque era científico-jurídico, pero no la imponía en clase. Solo te exigía en el examen que estuviera razonado y motivado, aunque hubiera resultados dispares. Con este profesor y con el anterior obtuve sendas Matrículas de Honor y sigo conservando muchos años después, los conocimientos que me transmitieron. “Eran maestros”.



# Escape

¡Estoy desesperada!, ¡a todo mi entorno que acudo me pide paciencia, comprensión y que le disculpe, que estará pasando por una mala racha!, ¡me siento incomprendida por mi familia y amigos! Me empiezo a sentir culpable de las palizas que recibo de mi marido.

Estas fueron sus palabras a la médico de urgencias el día que Adela acudió por primera vez a un centro médico por este motivo y con una intención de escape y huida de su domicilio familiar. Sólo llevaba consigo un par de bolsas de deporte con ropa, algo de comida y documentación importante.

—¡Seguro que a estas horas ya me está buscando! —continuaba Adela— ¡habrá ido a preguntar a nuestras familias!

¡Cada vez que voy yo a hablar con mi familia, relataba Adela, me dicen que “me lo estaba buscando por salir con esas amigas los fines de semana”, “qué a ver cuándo voy a aprender!, “que mi marido está pasando por un mal mo-

mento en el trabajo y yo no estoy siendo comprensiva con él y no le apoyo”.

La médica de guardia le dijo que se tranquilizara, que ahora estaba en un hospital y le conminó a sentirse segura. Que había personal de seguridad. También le preguntó si recientemente le había pegado.

Por supuesto— respondió Adela— siempre lo hace en la cabeza y en el tronco para que al salir a la calle la gente no me vea los hematomas. Nunca me pega en las extremidades ni superiores ni inferiores. La médica comprobó la veracidad de las lesiones. Además, eran golpes y mordiscos de varios días de evolución, diferentes unos de otros, por lo que se podría decir que había una habitualidad en el supuesto maltrato.

La médica, por razones de seguridad, le preguntó dónde trabajaba su marido y su identidad. También le preguntó si ella trabajaba. Adela no podía trabajar porque debido a los malos tratos se ausentó muchos días del trabajo y terminaron por echarla después de soportar una fuerte presión laboral.

La médica, que había sido formada en violencia de género, le explicó que este tipo de violencia es diferente a la violencia interpersonal con otras personas pues es desproporcionada y excesiva y su fin último es aleccionar a la mujer, no lesionarla. En caso de homicidio, este momento era especialmente delicado para Adela debido al paso que



había decidido tomar. Con eso, la comentó, no le estaba restando su valentía ni le estaba desaconsejando poner una denuncia. Para la médica la mejor estrategia era que Adela no volviera a su entorno.

Dado el estado ansioso-depresivo que presentaba en estos momentos, podría quedarse unos días en el hospital hasta que el cuadro remitiera, pero después tendría que pensar donde ir, asegurándose que su marido no la iba a encontrar.

La angustia de Adela era que su marido supiese hallarla en el hospital y que la estrangulase, pero la médica le dijo que eso era altamente improbable porque había agentes de seguridad por todo el edificio.

Adela le temía más ahora que antes, pues con el escape, el agresor estaría fuera de sí. De hecho, el marido, Paco, según llegó a oídos de la médico, fue a buscarla por todas las casas conocidas excepto por la de una amiga secreta que tenía Adela.

Adela ya llevaba una semana en el hospital y su sintomatología ansioso-depresiva no mejoraba; sobre todo la parte depresiva. Tenía también una fuerte opresión a la altura del pecho que le impedía respirar. Al personal le preocupaba que tuviera algún intento de suicidio.

Por miedo y por culpa no quería poner ninguna denuncia contra su marido, solo quería desaparecer.

Con los partes del Hospital, se inició un procedimiento penal y la policía judicial fue a verla y a tomarla declaración y ella solo repetía que “no quería que le hicieran nada a su marido, tan solo quería que no la pegara y que la dejara en paz”. Relató que la última paliza por la que planeó el escape fue porque estuvo hablando cinco minutos con su amiga secreta y luego le puso la cena. Fuera de sí, Paco le gritó: ¡pero es que aún no sabes quién manda en esta casa!, me vas a obligar a que te vuelva a pegar—, ¡es más importante el teléfono que yo!

Fue una paliza brutal, le cogió como un animal y le empezó a dar puñetazos hasta que se hartó. Mientras la pegaba, ella callaba y le sostenía la mirada.

Adela después de ponerle la cena, se quedó en la cama en posición fetal y en estado de shock y él sin preguntar cómo estaba, se marchó con unos amigos de juerga sin ningún tipo de arrepentimiento, ni remordimiento. Fue cuando Adela volvió a llamar a su amiga secreta y le dijo que se marchaba de casa y que para protegerla no le decía dónde.

Al cabo de un mes de estancia en el hospital, llegó una representante de una asociación feminista que se había personado en la causa como acusación popular. Esta visita a Adela le sentó fenomenal. Esta mujer le dijo que dada la gravedad del tema y el perfil del agresor, lo mejor sería que se fuera temporalmente a una casa de acogida, recomendación que Adela siguió como primera vía o alternativa a su problema de malos tratos.

Desde esta asociación se le explicó que la casa de acogida era un recurso temporal y breve donde se pretendía el “empoderamiento” de la mujer, es decir que lograra ser una persona recuperada de forma integral, autónoma y en plenas facultades para reincorporarse al ámbito laboral hasta lograr hacer una vida normal.



# Falsedades

A Irene le superaba la envidia que sentía por su compañera de clase Blanca. Ambas tenían 14 años. A todas luces, si escarbabas en su corazón hallabas odio y celos hacia su compañera, aunque lo intentaba disimular cuanto podía.

Blanca era la más guapa de la clase y tenía a todos los chicos embobados. Irene, por el contrario, pasaba desapercibida. Blanca era feliz porque tenía muchos amigos en clase y no le iban mal los estudios.

Con estos antecedentes nadie hacía presagiar lo que iba a ocurrir.

Irene diseñó un plan. Buscó un punto débil en Blanca para pregonarlo por toda la clase con el fin de que desapareciera su buena fama y así ella poder cumplir su sed de venganza.

Analizando a la víctima, comprobó que su compañera de clase era muy susceptible a las críticas ajenas. Era tímida, y su autoestima era baja. No confiaba demasiado en ella

pues necesitaba de la aprobación de los demás. A partir de ese momento, Irene comenzó a realizar en clase comentarios consistentes en que, según Blanca, había en clase compañeros que eran alcohólicos y drogadictos, lo que sentó terriblemente mal en clase que incrédulamente creyeron la versión de la agresora.

Estas falsedades las realizaba aquélla, en los momentos en que la víctima se ausentaba de clase, repartiendo notitas a sus compañeros montando una mentira totalmente estructurada. El cambio de comportamiento de los compañeros hacia Blanca dejaba atónita a ésta, que cuando pedía explicaciones callaban por miedo a ser llamados acusicas.

La razón de que la clase, salvo una chica, creyera a la agresora fue que, si no fuera verdad la versión dada por Irene, Blanca se habría defendido porque habría adivinado de quien procedía el comentario.

La agresora mostraba una actitud aún más hostil contra la víctima pues la arrinconaba en el patio, en los pasillos del colegio, lograba que la hicieran el vacío y no la dejaban participar en ninguna actividad en el recreo. Solo tenía una amiga, Raquel, que por defenderla también estaba sola, pero que no le importaba porque tenía una confianza muy alta sobre sí misma y era muy inteligente dándose cuenta de todo el plan establecido por Irene.

Blanca dejó de sonreír. Pasó a estar triste y abatida. Sentía la soledad en lo más profundo de su corazón. Se

relacionaban, ella y su amiga con chicas de otras clases y cursos, pero en clase era horrible.

En su clase, Irene cada día era más líder y Blanca cada vez tenía más baja popularidad y su nivel académico empezó a ser de peor calidad.

Los profesores no estaban al tanto de nada y la víctima no sabía pedir ayuda.

Afortunadamente para la víctima, en el colegio había una organización para prevenir y erradicar el acoso escolar consistente en realizar, periódicamente, trabajos en equipos de forma cooperativa y no competitiva. Toda la clase empezó a realizar estos trabajos inclusive Blanca y su amiga. Obviamente, la agresora no lo pudo impedir. La víctima, haciendo gala de una gran humildad, y asesorada por su amiga, les comentó a sus compañeros de clase que la creyeran, que ella nunca había hablado mal de ninguno de ellos y que todo era un plan de Irene que le tenía envidia porque era mucho más torpe y fea que ella. Con sus palabras, la víctima se fue ganando la confianza del grupo quien, finalmente la creyó en su mayoría, aunque una parte siguiera haciéndolo a la agresora.

Los que no la creían en realidad lo hacían por miedo, decía Raquel, puesto que ahora al saber cómo se la jugaba Irene, temían que también les pudiera hacer lo mismo, si la tenían como enemiga.

Blanca cada vez tenía más confianza en sí misma y se preguntaba críticamente por qué tenía que estar siendo humillada por otra persona. Así, llegó un día que fue a contar los hechos a la tutora.

Irene al principio negó los hechos, pero al no sentirse apenas apoyada por casi ningún compañero de clase, no tuvo más remedio que reconocer la envidia que sentía hacia la acosada. Se veía como una mala persona, pero no se arrepentía de lo que había hecho hasta entonces. Había conseguido elevar su estatus social y ser líder, aunque fuera temporalmente.

Por supuesto, la agresora fue castigada de forma ejemplar. En el fondo necesitaba tanta ayuda como la agredida, pues si la familia y el entorno no actuaban en esos momentos, en el futuro, esta agresora, iba a tener, como poco, problemas de comportamiento antisociales. Afortunadamente Irene terminó por comprender que “la violencia genera violencia”.



# Fantasías

Ese fin de semana, mis hermanas y yo, fuimos a buscar a unas amigas a su casa para ir todas juntas a nuestra discoteca favorita “La chocita”. Al llegar a la barra y pedirme un cubalibre me fijé en un chico alto, de mi edad aproximadamente, unos veinte años, que tenía un culo respingón. Iba con unos vaqueros y una camisa azul oscura. De repente él se encontraba también mirándome. Le hice un gesto con un dedo como queriéndole decir que se acercara hasta mí, y se acercó a mi lado. Le dije que estaba muy bueno y le pregunté que dónde se había escondido hasta entonces. Estaba con otros amigos que se acercaron a mi grupo de amigas.

El chico con melena pelirroja tenía los ojos verdes, un cuerpo diez y una “sonrisa que quitaba el hipo”. Le propuse rápidamente, por si se me iba la oportunidad, follar en los lavabos. Aceptó sin ningún problema. Ambos íbamos puestos de pastillas alucinógenas y de alcohol. El placer fue infinito. Nos hicimos cosas que hasta ese momento no podíamos imaginar. Ambos teníamos experiencia en el sexo y

eso fue lo positivo de la historia. Nada tuvimos que enseñarnos. Solo dejarnos llevar.

Le chupé el pene y él a mí el clítoris. Así con el “69” llegamos los dos al orgasmo. En realidad, yo tuve tres orgasmos.

No había amor, había placer, solo placer.

Era muy excitante oír a las personas en los lavabos vecinos, en el aseo de las mujeres, y él y yo, cerrada la puerta con cerrojo, estar follando sin descansar ni un segundo.

Así estuvimos cerca de una hora.

Después de habérmelo tirado, me dijo que quería volver a verme. Yo no estaba muy convencida, pues no quería compromisos, solo pasármelo bien, pero por el momento nos dimos los números de teléfono para seguir en contacto.

Él se fue de la discoteca con sus amigos medio desvestido y con cara de satisfacción. Sus amigos iban un poco frustrados tras él. Yo me acerqué a mi grupo y permanecimos en “la chocita” hasta que regresamos a casa.

Al día siguiente, domingo, me llamó al móvil. Al principio, yo no sabía quién era, pues no sabía ni su nombre. Me hablaba como avergonzado de lo que ocurrió la noche anterior. No sabía que decir. Eso me enterneció de él y decidí volver a verlo. Quedamos para ir al cine juntos.

A las cinco nos encontramos. Esa tarde me lo volví a tirar de nuevo. Fue vernos y saber que la escena de los lavabos se iba a repetir, pero ahora me dijo que sería en el interior de su coche, que conocía un descampado. Cambiamos los planes rápidamente. Dejamos el cine para otro día.

Después de todo el “folleteo” me dijo que opinaba que el sexo y el amor siempre iban unidos y que me amaba y por eso quería seguir la relación conmigo adelante.

Mientras yo quedé atónita por esa opinión, nada habitual en los hombres de hoy en día en mi país, yo le respondí que aquí los “papeles estaban cambiados”, ya que yo era una “llanera solitaria” que pensaba que el sexo podía en ocasiones como esta, ir unido solo con el placer y no con el amor.

También le dije que sentía no querer ninguna relación seria con él. Que me lo había pasado muy bien. Que seguramente para sus amigos era una “mala chica” cuando no, otras cosas peores como “una puta”, pero que no me importaban lo que pensarán de mí.

Él me entendió y comprendió perfectamente y supo que le estaba dando un “no” verdadero y no un “no “que pudiera encubrir un “sí”.

Terminamos la relación de amistad deseándonos mucha suerte en la vida y yo en particular, que encontrara pronto una chica que le amara y nos despedimos con un par de besos en las mejillas



# Flor de Lis

La comunidad de vecinos “Flor de Lis” era singular. Sus vecinos, dada la armonía que había entre ellos, llevaban a su espalda otra característica: eran vecinos–parientes.

Existía y se vivía en un gran bienestar social. La mayoría de sus inquilinos, distribuidos en un edificio de diez plantas y dos puertas (A y B) por cada planta, eran de clase media–baja y generacionalmente hablando, estaban próximos en sus nacimientos a la década de 1940.

En los espacios compartidos comunes, como la escalera preferentemente, se cuidaba el decoro y el ejercicio permanente de tolerancia cuando se mantenía una conversación amistosa en el rellano de la escalera.

Aunque la relación de vecindad era muy fluida también se respetaba la intimidad de cada vecino en su esfera doméstica.

Cada vecino–pariente cuidaba mucho que no hubiera gritos, ruidos, pisadas demasiadas fuertes, exageradas sacudidas de alfombras....

Pero como toda norma general tiene su excepción, la vecina y sólo vecina, del cuarto A era el garbanzo negro de la comunidad. Llevaba periódicamente a la comunidad a los juzgados por nimiedades, y eso que siempre era condenada en costas y resultaba absuelta la comunidad. Esta vecina se vengaba de ello haciendo oídos sordos a las críticas vecinales dejando la ropa tendida chorreando sobre la colada de los demás. En ocasiones, echaba agua a los pisos de abajo. Si te veía por la calle, ni te saludaba.

Para ahorrarse un dinero, los vecinos—parientes tenían decidido que el presidente, que rotaba cada año, hiciera también las funciones de administrador. La limpieza de la escalera se realizaba por los propios propietarios limpiando cada uno su planta y turnándose mensualmente con el vecino—pariente de puerta.

Cuando esta generación de vecinos tan armoniosa fue haciéndose mayor, se planteó la necesidad de instalar un ascensor pues los achaques de la edad hacían muy penosa la subida a pie por las escaleras.

Por primera vez no hubo consenso. Los vecinos del primero A no hicieron pago del ascensor por lo que se instaló sin su consentimiento y sin darles la llave al no haber contribuido a su cargo.

Un día, Antonia, la vecina del primero A, al bajar los seis peldaños de su planta tropezó, y al mismo tiempo que decía: maldito escalón, por qué diría que no ese día en la

Junta, ¡diablos!, cayó de bruces y se rompió la cadera, lo que le llevó a estar postrada un cierto tiempo.

Como de siempre había existido armonía en la comunidad el resto de los vecinos animaron a la herida a pagar su parte en el ascensor haciéndole ver que éste también era de su utilidad. En este caso el pago se efectuó sin ningún problema, aunque tarde, y se hizo entrega de las llaves a la desafortunada Antonia.

La comunidad “Flor de Lis “era singular.





## Isidoro, el taxista

Isidoro era muchas cosas a la vez.

En primer lugar, era el taxista del pueblo de los Alcornocales con el mejor coche del gremio; poseía un Mercedes. Decía orgulloso que ¡éste ya era el sexto y los que me quedan! Siempre lo estaba lavando en la gasolinera que se hallaba a las afueras del pueblo hasta que tuviera un brillo despampanante y, una vez hecha la faena de la limpieza, se paseaba por el pueblo por las dos avenidas más anchas y de sentido único que atravesaban de norte a sur la villa, el Paseo de los Álamos y el Paseo de las choperas. Para él era “darse una vuelta al pueblo”, en lugar de reconocer que lo que pretendía realmente era despertar la envidia de los vecinos y transeúntes. De ahí que condujera a un ritmo muy lento para dejarse ver perfectamente por la gente.

En segundo lugar, Isidoro también era muy “servicial”, pues se encargaba gratuitamente y con orgullo de llevar los atestados de la Guardia Civil al Juzgado. Al guardia que le tocaba este cometido, vago como para él solo, le desquitaba

de su trabajo y él se sentía una verdadera autoridad ante todos los que compartían con él el vino, puesto que en el trayecto del Cuartel al Juzgado iba parando por diversas tareas, comentando los atestados, teniendo el honor de ser el primer vecino del pueblo en enterarse, por disponer de información privilegiada, de las fechorías de los habitantes de la villa.

También era muy servicial con los clientes que se subían al taxi pues no faltaba un ademán de reverencia a la entrada y salida del taxi. Allí donde hubiera dinero o poder, allí estaba él. Tan servicial era, que cuando le llamaba el Juzgado para practicar cualquiera diligencia a horas intempestivas de la noche, se mostraba presto a cumplir con el servicio.

En la época franquista había sido el taxista del alcalde del pueblo del régimen y por ello seguía anclado en las mismas creencias ahora, ya bien entrada la democracia.

Un día, en que la comisión judicial debía ir a un levantamiento de cadáver, cuando iban dentro del taxi el médico forense, la jueza y la secretaria judicial, la segunda, que iba sentada detrás vio semi-escondida una pistola. Palideció de pronto, pues sabía que, si se producía alguna trifulca en la diligencia, Isidoro era capaz de empuñar y “armar lo que no estaba escrito en los libros”. Por eso, para no ponerlo más nervioso y porque ese no era el momento de tocar el tema, prefirió callar y dejarlo para más adelante.

El taxi era de madera por dentro y de color verde por fuera asimilándose al color de la Guardia Civil. Siempre los elegía así.

La condición de autoridad lo aparentaba de hecho que no de derecho, pues no disponía de título que le reconociera en modo alguno la condición de autoridad, aunque él tuviera la convicción y algunas personas más del pueblo que lo era; no solo se relacionaba con el poder, que era cierto, sino que él también, pensaba, formaba parte del mismo al colaborar con él.

Un día se presentó ante la joven jueza que hacía un mes que acababa de tomar posesión de su cargo. Su intención era que le emitiera un informe similar al que le llevaba en las manos y que rezaba más o menos así: "... Fulanita de tal... jueza... Informo favorablemente para que le sea prorrogado el permiso de armas a Menganito de tal... dado que como taxista del juzgado se encarga del servicio del taxi en las prácticas de diligencias judiciales atravesando, en ocasiones lugares peligrosos a altas horas de la noche, sobre todo con la presencia de mujeres en el interior del vehículo..."

Doña Marisa, la jueza, no podía creer lo que estaba oyendo ni viviendo. De un lado el informe era machista y misógino como no se había visto otro, pues dejaba a la mujer en una posición de inferioridad respecto al hombre y la veía como un ser frágil y desvalido. De otro lado, ella no era la competente para hacer este tipo de informes, de tal manera que su realización podía hacerle incurrir en res-

ponsabilidad disciplinaria. Por ello, haciendo saber ambas conclusiones al taxista le denegó la petición.

El taxista quedó petrificado. En 30 o 40 años de servicio era la primera vez que se lo denegaban.

Se veía que en el pueblo todavía quedaban costumbres preconstitucionales.

Asimismo, la jueza ordenó que los atestados los trajeran directamente los miembros de la benemérita. Todo tenía un límite.

La jueza dejó a Isidoro como primer taxista al que llamar para las prácticas de diligencias por su carácter servicial, de tal modo que solo se llamaría a otro taxista cuando aquél estuviera ocupado con otro cliente.

Cuando se empezaron a normalizar las cosas en el juzgado y en la guardia civil, el taxista seguía paseándose todas las mañanas por ambos lugares para charlar simplemente (más bien cotillear y sacar información) con algún funcionario de los de antes también, dejándose ver otra vez.

Sin embargo, el semblante de Isidoro ya no era el mismo, parecía más triste, sin los atestados y sin la pistola, cuya renovación no le fue concedida por la guardia civil. Ahora se sentía vacío y vulnerable. Ahora ya no encontraba su lugar en el juzgado ni en el cuartel, se empezaba a ver fuera de juego; apenas pisaba tampoco los bares y si lo hacía

era para tomar algo rápidamente y marchar por vergüenza puesto que ya no tenía nada que contar.

Con el tiempo, y poco a poco, empezó a dejar de ir por el Juzgado y si veía a la jueza, a la que en el fondo admiraba, marchaba rápidamente por las escalera



# Juegos psicológicos

Era la hora de entrar en clase. asignatura de matemáticas de segundo curso del Ciclo de Secundaria.

Cuando el profesor mandó abrir el libro por la página 46, Andrés en su lugar había traído la mochila de su hermano por equivocación. Ya al entrar en clase se fue tropezando con todas las mochilas que estaban en el pasillo.

Cuando llegó la hora del gimnasio, no había venido vestido con ropa deportiva. Esta confusión propició que la mitad de la clase le diera por estúpido y que la otra mitad quisiera ayudarlo.

Lo que todos ignoraban era que él estaba provocando adrede todas estas escenas y se estaban sonriendo de la respuesta que estaba recibiendo por ello. Andrés se hacía “el tonto”, la víctima y llamaba a sus compañeros, según su comportamiento o “perseguidores” si le llamaban estúpido, o “rescatadores”, si intentaban ayudarlo. Para él, con un elevado nivel de egocentrismo tanto unos como otros,

no estaban bien; él si lo estaba, porque se estaba haciendo la víctima a través de un juego psicológico y nadie, a excepción del profesor, se estaba dando cuenta de ello.

El profesor se dedicó a observar el distinto comportamiento de Andrés, como supuesta víctima, frente a sus compañeros. Así, a los que eran perseguidores, se hacía el duro con ellos a través de miradas y de gestos acordes con esa dureza, mientras que si ese alumno era un rescatador le miraba simplemente sonriéndole.

El profesor se dio cuenta de la risa que esbozaba Andrés en ambos casos. Este profesor astuto e inteligente, en lugar de enfrentarse a la supuesta víctima, empleo con él una actitud dialogante y le preguntó desde cuándo quería hacer creer a todos que “era tonto” y qué beneficios pretendía conseguir con ello. Andrés respondió con normalidad, que desde principios de curso y que quería llamar la atención de la clase.

Desde entonces, Andrés no volvió a emplear este juego psicológico tan peligroso pues podía incitar a otros alumnos a mostrarse irritados o superprotectores.

Andrés contó al profesor que cuando era pequeño si hacía alguna “tontería” en casa, su madre le sonreía mientras le reprendía y eso le hacía sentir bien consigo mismo.

El beneficio estaba claro cuál era.

El profesor preguntó a otro alumno por el primer problema de matemáticas y siguió la clase.



Ese mismo día, a la salida de clase, un grupo de alumnos estaba fumando apartadamente en un ala lateral del colegio. Al pasar este mismo profesor por allí, apresuradamente apagaron los cigarrillos dejando una fuerte humareda. Uno de los alumnos, con sonrisa socarrona, le provocó al profesor diciéndole que no llevaba encima tabaco. El profesor calló. El alumno, una vez más provocativo, echó a correr pues alumno y profesor sabían que sí los llevaba. A los pocos minutos este alumno sacó un cigarrillo delante de un grupo de compañeros y fue cuando el profesor decidió denunciarle ante el director por estar jugando con él a “policías y ladrones”, hasta el “ahora te agarré”.

El profesor finalmente pensó que lo mejor sería tratar al alumno como un adulto y decirle que su comportamiento podía acarrearle serios problemas. Además, también, se puso del lado de este alumno rebelde diciéndole “me sentí muy orgulloso de ti cuando vía las notas de sociales”.

Ahora el chico de los cigarrillos, en plena formación de su personalidad, ya tenía una bonita “historia” que contar a sus amigos con su “profesor de matemáticas y sus cigarrillos”.



## Luis, el numerario

Marta se encontraba terminando cuarto curso de la carrera universitaria de Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid. El año había transcurrido maravillosamente bien puesto que, a falta de la asignatura de Derecho Tributario, en el resto los resultados en las calificaciones fueron de sobresalientes y matrículas de honor.

Como se había preparado muy bien el examen que le restaba, estaba estudiando ya el trabajo de esta última asignatura. Al tener el trabajo una carga ideológica estaba un poco preocupada por si no fuera aceptado por el departamento de Tributario, por lo que andaba muy ajetreada documentándose de diverso material a su favor.

Al día siguiente, recibió la nota de Derecho Tributario y tal como esperaba obtuvo también sobresaliente. Si quería, y lo quería, obtener matrícula de honor, debería realizar este trabajo en un plazo de 15 días.

El profesor que impartía la asignatura era una persona que procedía de un origen muy humilde. De chaval, cuando acudieron a casa de sus padres dos miembros de la Institución del Opus Dei se decidió su futuro. La Obra pagaría los estudios universitarios de Luis y le encontrarían un puesto de trabajo acorde a sus capacidades, pero a cambio su patrimonio tenía que quedar para la Obra al morir, dejándolo dicho así en el testamento y mediante donaciones periódicas en vida, mientras estuviera trabajando y luego cobrando su jubilación.

Los padres de Luisito, agricultores y semianalfabetos pidieron un tiempo a estas personas para reflexionar la oferta. Josefina y Pepe, fueron a hablar con un abogado a la capital orensana, pues vivían en una aldea muy pequeña a pocos kilómetros de ella y el letrado les indicó que esta Institución pertenecía a la Iglesia Católica y que tenía tanto defensores como detractores. Entre los detractores, se dice que esta Obra es secreta y elitista. Los defensores alegan que te puedes salir de ella cuando quieras.

Los padres de Luisito, pensando en el porvenir de su hijo, aceptaron dejarle en manos del Opus Dei con la condición de verle periódicamente.

Luisito se hizo mayor y acabó la carrera de Derecho y llegó a ser profesor titular del departamento de Derecho Tributario.

En el Opus Dei Luis fue numerario, es decir, que optó por el celibato. No podía pues, tener relaciones sentimentales con ninguna mujer.

Cuando llegaban a clase, Marta y sus amigas se fijaban en el cilicio que llevaba puesto para provocarse dolor o incomodidad como medio de mortificación corporal buscando combatir las tentaciones; sus gestos faciales expresaban su dolor.

Marta, para la realización del trabajo, debía acudir a su despacho. Como acostumbraba a hacer con los profesores, tocaba a la puerta y pedía permiso para entrar en él. En esta ocasión, no pudo hacerlo.

No, no, no entre, por favor, le dijo Luis a Marta mientras le miraba de lado— si no le parecer mal, hablamos desde el quicio de la puerta y con ella abierta.

Marta no pudo por menos que sentir compasión por él, pero era su profesor y lo acataba como una orden.

El tipo de trabajo que quería realizar Marta iba en contra de los principios de la Iglesia Católica, puesto que trataba de la declaración conjunta del I.R.P.F. entre personas no casadas pero que convivieran en análoga relación de afectividad.

El profesor le comentó que no estaba de acuerdo con esa posibilidad y María tuvo que persuadirle aportando diversas sentencias que así lo avalaban.

Finalmente, Marta realizó su trabajo en el sentido que pretendía y también obtuvo matrícula de honor.

El profesor, como nota singular, haciendo apremio de su austera vida, se desplazaba en metro para llegar a su tra-

bajo a diferencia de la inmensa mayoría de profesores que lo hacían en su vehículo particular.

Durante toda su vida fue realizando donaciones periódicas al Opus Dei y el mismo Opus se constituyó en heredero universal de su testamento.

## Lidia, la bailarina

El ambiente que reinaba en ese hogar aparentemente parecía comunicativo y alegre. Los padres, Juan y Susana, se preocupan por los gustos de sus hijos, sus avances escolares, su círculo de amigos y demás razones de interés y a la vez ellos parecían no tener secretos con ellos tampoco.

Acababa de tocar el despertador en toda la casa y ya sabía cada uno lo que tenía que hacer. Solo existía un cuarto de baño y estaba repartido del siguiente modo secuencial: primero entraba el padre, que seguidamente preparaba el desayuno para toda la familia, tostadas con mermelada y mantequilla y leche con cola-cao; a continuación, entraba el preadolescente, Luisito, le seguía su madre Susana y finalmente entraba Lidia, diez minutos para cada uno. Cuando Susana y Lidia empezaban a desayunar, Juan y

Luisito ya estaban saliendo por la puerta.

Juan, dejaba a su hijo en el colegio camino del trabajo.

Susana, médico pediatra de profesión, era la tercera en marchar dándose un beso de despedida con su hija y deseándose un buen día.

Todo quedó en silencio en cuestión de cuarenta minutos. Lidia apagó la radio y rompió a llorar. Sabía que lo iba a volver a repetir, y era una fuerza que no podía controlar. La superaba. Se miró la cara en uno de los espejos de la entrada de la vivienda y se fue corriendo al lavabo a provocarse el vómito para expulsar la ingesta del desayuno a sabiendas que todavía no había comenzado a hacer la digestión de lo que había engullido.

El truco le había salido bien otra vez. Siempre lograba quedarse sola en casa.

Era estudiante del Bachillerato y a la vez practicaba ballet clásico por lo que su imagen corporal era muy importante, para ella más importante que la salud. Estaba obsesionada por su imagen, la báscula, los estudios y el deporte.

Siendo de personalidad perfeccionista y autoexigente, como hacía cada mañana cuando quedaba sola se pesó en la báscula: 47,7Kg ¡había perdido 100 gr en un día! ¡Uf!

Seguidamente, volvió al lavabo nuevamente a provocarse el vómito porque pensaba que todavía le quedaba en el estómago algo de la ingesta del desayuno.

Eran momentos horrorosos, lloraba desconsoladamente y se sentía una mierda, pero lo hacía porque según pensaba, era lo que tenía que hacer.



Sin embargo, esa mañana, Lidia se iba a encontrar con una sorpresa. Su madre, al salir de la vivienda y dirigirse al garaje, olvidó en casa las llaves del coche y tuvo que desandar lo andado de nuevo abriendo la puerta. Al pasar por el pasillo de la vivienda quedó estupefacta viendo a su hija de rodillas en el inodoro con los dedos dentro de la boca y provocándose un vómito.

—¡Lidia, se puede saber que estás haciendo! ¡estoy loca o es real lo que estoy viendo! —exclamó Susana.

— No es lo que parece mamá —tengo algo de gastritis. Algo que me sentó mal.

— ¿Por qué no me lo dijiste? —gritó la madre— Anda vete al Instituto que esta noche hablamos.

Por pura deformación profesional Susana sabía que su hija la estaba mintiendo. Se quedó en casa con el propósito de realizar alguna investigación que le ayudara a saber algo más acerca del anormal comportamiento de su hija.

Una vez sola en casa, recorrió los muebles de la cocina y encontró restos de comida en mal estado al igual que en el patio de luces del bloque de la vivienda. Entró en la habitación de Lidia, lugar al que no entraba desde hacía mucho tiempo porque cada hijo se hacía cargo de su habitación, y frente a la aparente normalidad del habitáculo, empezó a descubrir hechos que le iban confirmando sus sospechas. Así, debajo de la cama había una báscula ultra modera (medía por separado la grasa, los líquidos...), también había

muchos botes de laxantes y diuréticos y más restos de comida. Y en el interior del armario, apartadas en un cajón, revistas de dietas “milagros” y prendas de vestir de la talla 36 por lo que enseguida la madre supuso lo que, hacia su hija, esto es, se llevaba a la calle escondidas la ropa de la talla 36, allí se la ponía, y el resto del tiempo vestía dos tallas o tres por encima de la suya. Ante este hallazgo, la madre no pudo por menos que echarse las manos a la cabeza y empezar a sollozar pues era consciente de la gravedad del tema, de que la enfermedad de su hija ya venía de largo.

También encontró un listín donde escribía los meses que no tenía la regla o menstruación, con lo cual, era fácil de suponer que debía padecer anemia.

Susana se sintió muy angustiada por los síntomas de su hija en relación a la comida. No daba crédito a cómo no habían sido los dos, su marido y ella, capaces de descubrirlo antes, con las evidencias que iba dejando su hija.

Cogió el listín del cuadro médico de su entidad aseguradora de salud y pidió cita con el Dr. Argüelles, médico psiquiatra, para el día siguiente.

Su hija no venía hasta tarde porque después de clase iba a ballet clásico, hecho del que Susana estaba muy orgullosa.... Jamás habría pensado que esta actividad le fuera a perjudicar.

Al llegar a casa Lidia su madre, ya más tranquila, le llevó hasta un espejo de cuarto entero y le preguntó que cómo se veía:

Gorda, mamá. –sollozó su hija

Susana confirmó que sufría delirios, ya que tenía una distorsión de su cuerpo y no pudo por menos que aterrorizarse en ver su extrema delgadez.

Al día siguiente en consulta, el doctor pidió a los padres que quedaran fuera y que enseñada les mantendría informados.

–Lidia –preguntó el doctor– ¿desde cuándo llevas estos desórdenes con la comida como tirarla, provocarte vómitos o tomarte laxantes o diuréticos sin prescripción médica?

–Desde hace un año aproximadamente –le contestó.

–¿Y qué te lleva a actuar así?

–Verme gorda.

–¿Sabes cuantas pesas?

– Unos 47

–¿Y crees que estás gorda?

–Si doctor, mi objetivo es estar en 35 para ser una emi-nencia internacional en el ballet clásico.

–¿Desde cuándo no te haces una analítica?

–No recuerdo.

El doctor hizo pasar a los padres advirtiéndoles que su hija padecía un trastorno alimentario, a determinar, en

consonancia posiblemente con otras patologías como un estado depresivo, y que el detonante pudiera estar en la práctica no saludable que hacía del ballet clásico. También les advirtió que el hecho era crónico, porque llevaba con el trastorno más de seis meses y que no se sintieran culpables en no haberlo detectado, porque los pacientes de este tipo de enfermedades siempre están con trucos para no ser sorprendidos y que es muy difícil lograr que reconozcan su enfermedad simplemente por el hecho de que no tienen conciencia de ella.

Finalmente, el doctor les comunico a los tres que al día siguiente la paciente comenzaría sesiones de terapia en el mismo centro o donde ella eligiera.

Lidia mirando a los tres y temblando como una hoja desvalida dijo:

–Tengo miedo ¿ME VOY A MORIR?

## Mi amiga

A mi amiga Marlene la infancia y las disputas de sus padres le afectaron desde niña. Era especialmente emotiva y tímida. Tenía baja la autoestima y un autoconcepto negativo de ella misma fruto del ambiente que se vivía en la familia. Cuando había una pelea en casa, ella se marchaba corriendo debajo de la cama y se ponía a llorar, se tapaba los oídos con las manos y gritaba también diciendo “¡Callaros!”.

Era una niña muy sensible y el maltrato en casa fue algo que no pudo superar puesto que le dejó una huella indeleble.

Cuando alcanzó la edad de 16 años, retraída y huidiza, como ella sola, los abogados de sus padres la obligaron a ir al juzgado a testificar en el proceso de divorcio. A partir de ese momento desarrolló una personalidad psicótica que la iba a acompañar toda la vida.

Su hermana pequeña estuvo protegida por mi amiga y fue una niña que se crio en un ambiente más normal puesto

que los padres ya se habían separado cuando ella contaba los cinco años de edad.

El padre de Marlene murió repentinamente y de forma prematura. Desde entonces mi amiga vive recluida en una clínica psiquiátrica.

A veces ves cómo se ríe a solas y cuando la preguntas por el motivo de las risas te dice: “De nada, de un chico que conocí, de una vez, que...” No es capaz de darte una contestación argumentada. Pero tienen mucha importancia estos recuerdos porque son los que la hacen feliz a pesar del lugar en el que se haya. Es una forma de evadirse del centro.

A menudo me dice: ¡Amiga, no creas que estoy tan loca, que no lo estoy”!

Lo que más la caracteriza es su ingenuidad, su facilidad en ser herida. No puede vivir sola porque cualquier sátrapa se podría aprovechar de su situación y cometer cualquier atrocidad con ella.

Está tutelada por su hermana pequeña a la que de vez en cuando llama “repugnante”.

Mi amiga tiene novio en la clínica que se llama Miguel, pero les está prohibido tener relaciones sexuales plenas por su discapacidad intelectual.

¡Hay cosas que no comprendo!

Marlene ama y odia como todas las personas. No es ningún bicho raro. ¡Y que no les den por esterilizarla! Ella sabe quién le quiere y quien no, aunque sea demasiado confiada e ingenua, pero se da cuenta si la quieren hacer daño.

Valora mucho la amistad. Siempre me está hablando de sus amigas. Si ha conocido a gente nueva en la clínica con la que ha hecho migas.

La entristece enormemente saber que cualquier decisión que tome tiene que estar supervisada por su hermana. Cada vez que voy a verla nos decimos que tenemos que vernos un día fuera de la clínica, pero sabemos las dos, que sin la autorización de su hermana no se puede hacer nada.

Ella sabe y es consciente que nunca podrá vivir libre y autónomamente. En la clínica está bien cuidada y alimentada. Es su zona de confort, pero también es su pequeña cárcel. Allí, todos los días son iguales. El aburrimiento es lo que más sobresale. Cuando voy a verla el día ya tiene un color especial para ella.

Cuando estamos juntas nos enseñamos cosas de la vida. Ella me transmite valores y principios como el de la integridad. Cada poco, echa la cabeza para atrás. Está orgullosa de cómo es y no se avergüenza de su discapacidad.

Para romper con la monotonía, se engalana cada día con distintas joyas y bisutería además de vestimenta. Le encanta preguntarse “qué habrá de comida hoy”.

Cuando hablo con ella tengo que hacerlo de dos maneras. Si no funciona a la primera, funciona a la segunda. Si le cuento algo y me pone “cara de póquer”, evidentemente no entendió nada, entonces le cuento lo mismo con otras palabras, cambiando la sintaxis y la gramática de la oración y entonces se ríe en señal de haberlo comprendido.

Otra característica de ella es su más falta de envidia ni rencor y su gran capacidad de perdón. Si puede ayudarte lo hace como sabe. Escuchándote. Después, cuando te vuelve a ver, te pregunta por el problema, para ver si ya está resuelto. También a ella le preocupaba.

Es atenta, sincera y educada.

Quincenalmente realizo una visita a la clínica y allí charlamos y reímos. Somos grandes amigas.



# Maternidades

Llevaban un tiempo pensando en la maternidad y paternidad, respectivamente, Belén y Luis. Ya se acercaba la hora de tomar decisiones importantes porque estaban cerca de los cuarenta. Entre sí no había incompatibilidad genética ni tampoco existía infertilidad por ninguna de las dos partes. Así se lo habían comunicado en una clínica en Madrid. El origen o causa de no quedar embarazada era el estrés.

Como solución alternativa estaban buscando una clínica de fecundación in vitro. La hallaron sin demasiada complicación en Asturias. Belén se tuvo que someter a un fuerte tratamiento hormonal para la obtención de óvulos de calidad; el semen de Luis resultó válido. Después de extraer los óvulos a Belén con gran satisfacción, pues eran de tamaño considerable, la clínica les advirtió que era la hora de la verdad.

En el laboratorio, el óvulo y el espermatozoide tendrían que formar un embrión. Lo sabrían al día siguiente por la mañana. La mutualidad de Belén había corrido con todos los gastos, es decir, 3000 euros.

Desgraciadamente, la joven pareja no recibió buenas noticias. No se había producido la meiosis. Es decir, no se había formado ningún embrión y se había perdido todo el material genético.

¡Se acabó! Dijo Belén a Luis. ¡Según lo pactado, ya se acabó para siempre este tema! Luis compungido le beso en la frente y le dijo: ¡Sí mi vida, es lo mejor!

Cuatro años más tarde, mientras la pareja seguía su camino, en la misma ciudad de Gijón, pero en lugares distintos, vivía una familia compuesta por los abuelos, la madre soltera y una preciosa niña de tres años de edad. Esta familia se hallaba en un parque a la salida del colegio, cuando se les acercó una chica que dijo ser enfermera. Se presentó como Carmen. Les hizo recordar que se habían conocido en la clínica de fecundación in vitro “Vida más”, en la ciudad de Gijón. Dijo que necesitaba hablar con ellos.

La familia la escuchó atentamente. Carmen explicó que ya no trabajaba para la clínica y les dijo que la versión que tenían de los hechos acerca de la niña fue un engaño pues no se trató de donantes anónimos sino de padres estafados creyentes que su embrión no había dado fruto. Lo que se había implantado en el útero de esta madre no biológica era el material de unas personas que fueron a la clínica con la intención de ser padres. No fue su óvulo ni el esperma de un donante.

La familia perpleja y confundida preguntó a la enfermera si tenía pruebas de lo que estaba diciendo. Ella respondió que de los padres biológicos no se deja nada en ningún expediente para que no haya pruebas, pero de la familia de la niña y de ésta sí. Se hace una doble documentación. La A que es la oficial, y la B, que es la extraoficial. Carmen tuvo acceso al donante

La familia, atónita y descompuesta le preguntó qué podían hacer.

Carmen respondió que a ella le habían despedido de la clínica cuando la sorprendieron leyendo todos los expedientes. Sabía perfectamente quiénes eran los padres biológicos de la menor. La familia, de repente, se empezó a sentir angustiada y nerviosa, temerosa de perder a la pequeña.

Carmen se fue sin decirles nada más. Solo les dio su número de teléfono por si querían denunciar los hechos. También les advirtió que la clínica seguía con las mismas maniobras ya que con este modo de proceder obtenían grandes beneficios pues sacaban dinero de dos partes a la vez.

La familia, una vez sola, se empezó a preguntar con gran honestidad que, si no hacía nada, al menos eran encubridores de los hechos y pensaron que puesto que ellos nunca pactaron nada con la clínica nadie les podría arrebatar a la pequeña. Así, al día siguiente, con un gran disgusto, molestos e indignados, llamaron a Carmen para ir todos a poner la denuncia a la policía. Esta tuvo que citar también a

Belén y Luis y contarles lo ocurrido. La versión de Carmen era verdadera al menos por ahora.

La policía realizó la correspondiente instrucción de los hechos junto al juzgado.

Al margen de lo que decidió el juzgado, hubo muchos acuerdos extrajudiciales. En el caso de nuestros protagonistas, las madres, la biológica y la que no lo era, se hicieron grandes amigas, ambas fueron víctimas de un engaño y Belén pasó a ser la “tita” de la pequeña. Todos estaban, alegres y dichosos.

El resto de los afectados trataron de llegar a un acuerdo también, aunque cada caso era distinto. El juzgado optó por cerrar y liquidar la clínica “Vida más”.

# Métodos

A veces, historias que parecen que no van a salir airoosas, son capaces de materializarse en la vida, gracias al tesón, a la perseverancia y al esfuerzo de sus protagonistas. Un ejemplo de ello, es la historia que voy a contar.

La familia de Ester vivía en un edificio de época franquista. Contaba con más de 60 años de antigüedad. Cada bloque de ladrillo rojo estaba distribuido en tres portales y cada portal alojaba veinte vecinos. No tenía ascensor ni conserje, y estaba situado en el norte de la capital de España, en una barriada humilde.

Los padres de Ester decidieron tener dos hijos; la mayor, Esther y un hermano menor que ella. Ambos estaban estudiando en la Universidades sendas carreras universitarias. Ester había elegido Farmacia y el benjamín la carrera de Medicina. Ambos estudiaban con becas. Además, como las matrículas de honor suponían tener exenta una asignatura por matrícula, la carrera a ambos les resultaba muy accesible económicamente.

Se trataba de una familia muy humilde que también atendía a los abuelos paternos. La vivienda solamente contaba con dos habitaciones y un salón, cocina y un cuarto de baño.

La madre, lo primero que realizaba era la limpieza del salón por las mañanas para luego llevar hasta allí y desde la habitación matrimonial a los abuelos que, dada su demencia eran incapaces de realizar sus más elementales actividades ordinarias de la vida diaria como vestirse, lavarse y desayunar. Por tradición familiar, a los abuelos se les “tenía en casa hasta su muerte”; no se les llevaba a ninguna residencia. La madre se ocupaba de ellos porque no trabajaba fuera de casa.

El padre de familia se iba de madrugada a trabajar y no volvía hasta la noche. Era multi-empleado.

También por la mañana y bien temprano los hijos marchaban a la Facultad. Al volver a casa, ambos habían pactado dónde y cómo repartirse el lugar de estudio. A la hija no le gustaba estudiar fuera de casa. Afortunadamente, el hijo se motivaba más en compañía de otros desconocidos que también estuvieran estudiando, por lo que prefería la biblioteca municipal del barrio. No había problemas. Por ello, a la hora prefijada cada hijo, en su lugar de trabajo, se colocaba adecuadamente para estudiar. Mantenían un horario prefijado y unos hábitos de estudios saludables. Así, por ejemplo, estudiaban primero la asignatura más difícil o

que menos les gustaba y terminaban con la que más fácil les resultaba.

La hermana, en la casa, había elegido como lugar de estudio, la habitación más grande, donde dormían los abuelos pues la suya estaba separada de la de su hermano por un biombo y no había apenas espacio para moverse.

En la habitación grande, se colocaba todos los años, al inicio del curso escolar, una amplia mesa de madera donde poder situar un reloj y demás utensilios de clase para estudiar cómodamente.

Su madre si se iba a la calle a cualquier gestión le decía: “si llaman a la puerta, no abras que vuelvo más tarde”. Con ello la motivaba enormemente en el estudio. En la casa se respiraba el silencio

Ester cada hora suspendía el estudio y se fumaba un cigarrillo sin tragar el humo. Era su momento de relax. Habría la ventana para que el aire que se respirara en la habitación fuera limpio.

Cada día se fijó seis horas de estudios después de volver de la facultad. Lógicamente, el día anterior al examen, solo necesitaba repasar los conceptos ya sabidos, sin estudiar nada nuevo, y, dada su perseverancia, el resto de la tarde la dedicaba a alguna actividad lúdica que le gustase.

Madrugaba, pero también se acostaba temprano por lo que se levantaba descansada.

Ester estaba muy motivada para el estudio. Lo primero, porque su familia era responsable de ello. Sus padres siempre le decían que “si estudiaba, algún día vería sus frutos” y segundo, porque en clase no estaba preocupada por temas de aceptación o adaptación al grupo; se centraba con todas sus energías en el proceso de aprendizaje poniendo el mayor interés y la mayor atención en las lecciones del profesor.

Como decíamos, cuando estudiaba reinaba el silencio. Los ancianos no hacían apenas ruido. Estaban en sendas sillas de ruedas. A Ester no le gustaba estudiar con música ni cualquier otro sonido relajante.

Sólo oía de la calle de vez en cuando, algún ruido del jardinero, una vez por semana, cuando desbrozaba, pero apenas la dispersaba porque ya estaba muy acostumbrada a ese sonido. En ocasiones, para descansar, se relajaba charlando con él con la ventana abierta.

Con las horas y disciplina dedicadas al estudio Ester obtenía muy buenas calificaciones. En los peores momentos, cuando se acumulaban los exámenes finales, se intercambiaba los días de asistencia a clase con una amiga, para pasarse los apuntes, y el día que no le correspondía ir, estudiaba mañana y tarde en su casa, durante quince días. Eran los peores momentos.

Ester, por tanto, tenía el éxito académico en sus manos: poseía un buen método de estudio, comía equilibradamente y descansaba lo suficiente.



## Mi gato Taby

En realidad, la humanidad tendría que reconocerlo. Entre ella y los gatos domésticos, esos animalitos de origen africano, existió hace muchos años un vínculo contractual con contraposición de intereses. El gato, solitario e independiente, buscaba en los humanos, comida y seguridad y los hombres un animalito que les librarán de las alimañas. Así, desde tiempos inmemorables, se produjo la fusión de la relación de amistad del gato con la humanidad.

El gato doméstico es un animal que, al igual que ocurre con los humanos, va a marcarlo su infancia. Esto, va a determinar, a su vez, su carácter.

Aquí tenemos gatos para todos los gustos. Si desde la infancia estuvieron acostumbrados a convivir con otros gatitos y otros animales, además de personas, una vez lleguen a adultos serán más sociales; por el contrario, en otras ocasiones, sólo buscarán el calor del hogar y su soledad.

Dado su carácter solitario e independiente, se les ha rechazado y criticado y aún critica, por ciertas personas. Al respecto, y sin querer entrar en la tópica y típica polémica de “si eres de gato o de perro”, tengo una opinión muy clara: ser independiente no es sinónimo de ser asocial. De hecho, mi gato taby es orgulloso hasta decir basta y sin embargo disfruta de nuestra compañía en casa, de los arrumacos que le damos y pide a menudo jugar. Cuando salimos de viaje y lo llevamos a la residencia, se acerca a otros gatos sin miedo y está relajado ante el veterinario. Frente al dolor tiene una sensibilidad normal.

A lo largo de la historia, la vida de los gatos siempre se ha relacionado con los escritores. Yo he podido comprobar día tras día, cuando me siento delante del ordenador a escribir, cómo mi gato rubio se coloca “encima de los papeles” que debo pasar al ordenador, en posición esfinge egipcia y otras en meditación zen balaceándose hacia adelante y hacia atrás. Una y otra vez lo tengo que echar y entonces se coloca por detrás del ordenador, y allí permanece el mismo tiempo que yo estoy escribiendo.

En alguna ocasión, como los mininos se caracterizan por ser juguetones toda la vida, incluso en la fase adulta, tira con la patita material de oficina como algún bolígrafo, borrador, etc.

Al llegar a casa y tocar el timbre, tienen un instinto especial y sabedor que somos nosotros, te espera en la puerta con el rabo hacia arriba, dándote la bienvenida.

Taby siempre te está demandando algo: que juegues con él, que lo cambies la arena, que no tiene comida, que lo abras o cierras una puerta de la vivienda.....

La clave para llevar a cabo su adiestramiento es saber su naturaleza y sus necesidades.

Como ocurre con los humanos, responde a los premios y a los castigos. Su principal recompensa es la comida. Después de echarle de comer, te levanta el rabo en señal de agradecimiento. Tiene tan buen carácter que le puedes acariciar mientras come.

En casa vivimos mi pareja y yo. El comportamiento de taby es diferente con cada uno de nosotros. Sabe tratarnos a cada uno tal y como somos. En ocasiones, si mi marido está en una parte de la casa y yo en otra, se sitúa en la parte intermedia del hogar en posición de meditación, equilibrando las relaciones de los tres.

No debemos olvidar tampoco que “somos sus cuidadores”, hacemos las veces de “su madre” y a cambio nosotros, disfrutamos de su compañía y nos hacen sentir mejor.



# Punzadas

José Luis era un joven poco interesado en los estudios desde niño. Ahora contaba con 18 años. Sus padres no le fijaron nunca una disciplina ni unos límites o normas de comportamientos. Nunca recibió un premio o un castigo ejemplar que tanto hubiera necesitado para su evolución personal hasta llegar a su madurez. Los padres estaban demasiado ocupados en el trabajo y no tenían tiempo para la educación ni de él ni de su hermana. Decían que de eso ya se ocuparía el colegio.

Poco motivado, pues, en el Instituto, repetía por segunda vez el Bachillerato. Cuando llegaba a clase era de los rebeldes y controvertidos. Rara vez respetaba una orden de un profesor y salía de clase cuando le venía en gana, normalmente a fumar por los pasillos, hecho que estaba prohibido. Le gustaba estar en el filo de la ley, pero sin cometer ningún delito importante.

Al no estar acostumbrado en casa a los castigos, los que le imponían en clase no producían ningún efecto pues no modificaban su conducta.

Como decía: “escuchar a los profesores peñazos era un pestiño”.

Con sus 18 años era una persona altamente inmadura, no tomaba responsabilidad por nada en clase y, sin embargo, se creía que se las sabía todas, no respetaba a sus compañeros pues trataba de sabotear a menudo las clases, y no se alegraba del bien ajeno, todo ello, características de un mal grado de madurez.

Solo se relacionaba con chicos que, como él, llevaban tras de sí un fracaso escolar. En la confianza que podía controlar la situación cuando quisiera, decidió probar dentro de su grupo, la heroína, la cocaína y demás drogas sintéticas y semisintéticas por el solo hecho de “sentirse mejor” y para estar “más integrado en el grupo de amigos”.

Cuando empezó a tomar la heroína, al principio sentía un “flash” y durante dos o tres horas un estado de euforia. Era tan “alucinante” que a las pocas horas volvía a esnifarla llegando rápidamente al cerebro y al torrente sanguíneo.

Lo que no imaginaba José Luis era que, al cabo de tres meses de “chutes” ininterrumpidos de heroína iba a estar completamente enganchado a ella y que se iba a convertir en un toxicómano como su círculo de amigos.

A sus padres, no les quiso decir nada de ello. Nunca hubo buena comunicación en la familia. Solo confiaba en sus amigos, quienes en más de una ocasión tuvieron que

llevarlo de urgencia al Hospital porque se encontraba en coma para que le hicieran un lavado.

Cuando se hallaba en pleno síndrome de abstinencia, sentía fuertes punzadas en el estómago, diarreas y pulso acelerado.

Abandonado ya los estudios, comenzó a trabajar en la empresa propiedad de la familia. Trabajando, de vez en cuando, sisaba de la caja pequeñas cantidades. Corría en busca de una amiga, y ambos iban hasta la calle de la esquina a buscar al camello que les pasaba la heroína.

Era tal el deterioro físico y la anemia que padecía

José Luis que resultaba un clamor para todo su entorno, incluidos sus padres, su carácter de toxicómano. Medía 1.80 metros y pesaba 60 Kg.

A escondidas de su familia y en una Iglesia pedía limosna con la que lograba ponerse nuevas dosis.

Su situación vital y personal se truncó más aún cuando un día cometió un robo con violencia de un collar de oro a una persona. El juicio se celebró como juicio rápido según la ley, pues, en este país, este tipo de delitos se enjuician muy rápido, frente a otros, como los de “guante blanco”.

Fue condenado a cinco años de prisión.

El paso por el centro penitenciario no le impidió seguir consumiendo heroína. De hecho, dada su adicción, su madre se la traía y nunca fue enjuiciada por esa razón.

Sometido a tratamientos diversos de deshabitación, lo que le costaba asumir era su condición de delincuente y decía: ¡Yo no soy ningún delincuente!, Por qué no tuvieron en cuenta que aquel día estaba bajo los efectos de las drogas!

Las relaciones con los demás presos no eran precisamente fáciles y sencillas. Le tocaba estar al lado de verdaderos asesinos sicópatas.

Se sentía muy arrepentido de haber probado las drogas para “experimentar y sentirse bien”, pues nunca llegó a imaginar las consecuencias que la heroína le iba a deparar.

En prisión, estuvo en contacto con la Fundación Proyecto Hombre, que lejos de reprocharle su comportamiento le trató como un enfermo crónico, le apoyó y le informó de todas sus dudas. Desde entonces ingiere metadona como método de deshabitación hasta su total recuperación.

En la actualidad tiene 25 años y tiene una vida por delante. También cuenta con un pasado y con unas marcas como son sus antecedentes penales no cancelados, pero sabe que pudo salir de las drogas. A su edad, ya tuvo que asistir a muchos funerales de sus viejos amigos que no tuvieron la misma suerte que él. Ahora valora la vida y no necesita las drogas para sentirse bien consigo mismo.



# Roles

Ana y Carlos eran dos adolescentes de 16 años que “jugaban a ser pareja”. No había novios más enamorados que ellos. Juntos estaban descubriendo cómo se debían construir los roles de masculinidad y feminidad en una relación amorosa.

A ambos la utilización de la violencia física les parecía normal y aceptable. Así, mientras Ana pegaba un par de bofetadas a Carlos cuando le parecía que su novio no se había comportado bien con ella, él le propinaba un par de puñetazos con hematomas incluidos, cuando ocurría lo contrario.

Para ambos esa violencia física era normal. Cada uno decía que su pareja le pegaba “lo normal”. Inconscientemente había una aceptación tácita del maltrato a través de la violencia física.

¿De dónde les vino este aprendizaje social del uso de la violencia a esta joven pareja?

Evidentemente, un gran protagonismo lo tenían los medios de comunicación y su medio de relacionarse por las redes sociales; de forma cotidiana, el tipo de películas que solían ver cuando iban al cine eran bastante violentas y el lenguaje empleado entre ellos también lo era.

Sus familias, de otra generación, por el contrario, eran sociables y pacíficas y estaban al margen de esta situación completamente, quizás por descuido, por falta de tiempo, por saber disimular la joven pareja, o por otras muchas causas.

Ambos estudiaban juntos en la biblioteca del Instituto y de mutuo acuerdo decidieron no tener amigos por ninguna de las dos partes como prueba del amor que se profesaban. Es decir, que además de la violencia ejercían el aislamiento social voluntario.

Cuando hacían planes de futuro, Ana no trabajaría y se quedaría al cuidado de los hijos menores, mientras que Carlos llevaría el sustento a casa.

Un día en que estaban haciendo estos planes futuribles en casa de Ana, su madre, Begoña, no pudo, en la intimidad, por menos que escandalizarse al oír el tipo de conversación y de relación que mantenían su hija y su novio.

Cuando Begoña tuvo la ocasión de quedarse a solas con su hija le pidió explicaciones sobre lo ocurrido y le dijo que al día siguiente irían las dos a la médico de atención primaria.

Efectivamente, al día siguiente, madre e hija se hallaban en el despacho de la médico. Después de relatar Ana el tipo de relación que mantenía con su novio Carlos, la médico indicó que Ana era una verdadera víctima de malos tratos, pero estaba en una fase que, aunque lo era, ella no tenía conciencia de serlo pues creía que su relación presente y sobre todo futura eran e iban a ser normales. Se trataba de un caso de detección precoz de violencia de género.

Ana, un poco asustada por las palabras de la médico, añadió que solamente podía vestir como dijera su novio, lo que no le gustaba, pero lo aceptaba, corroborando el diagnóstico clínico.

Ana no tenía claros conceptos tan básicos como la diferenciación que hay que hacer entre celos y amor, por ejemplo.

La médico le preguntó a Ana:

¿No ves que tenéis una relación de dominación– sumisión donde tú eres la persona dominada y a la vez agresiva?

No, no lo veo. Tenemos conocidos que hacen lo mismo que nosotros y siguen como novios y también presumen que son los que más se quieren– contestó Ana.

La médico advirtió que si bien, en su generación prevaleció la violencia psíquica, en la juventud de hoy en día, prevalecía la física y que Ana tenía posibilidad de no sufrir

más deterioro del que ya sufría si rompía con esa relación tan dañina.

Ana se echó a llorar porque dada la dependencia afectiva que existía entre ambos miembros de la pareja, la ruptura le hacía daño, le producía frustración y dolores muy profundos.

La médico le comentó que no tenía más remedio que prescribirle una medicación muy suave contra la ansiedad y la derivó a los especialistas en psiquiatría y psicoterapia.

Carlos, al enterarse que Ana estuvo en consulta, acudió raudo a la médico que atendió a su novia. Entró en su despacho.

Venía con un comportamiento muy agresivo, dando golpes a los muebles y puñetazos en la mesa de la profesional y le dijo a la enfermera que lo habían separado de su novia Ana.

Fue necesaria la presencia policial para desalojarlo del local.

Ana cambió de Instituto por acuerdo de sus padres y nunca más volvió a ver a Carlos. Éste, por falta de conciencia sobre sí mismo, desafortunadamente, no siguió ningún tratamiento de prevención contra la violencia de género.

## Testigos mudos

Rafael era un niño que estaba atravesando la adolescencia. Se encontraba cada vez más flaco pues apenas comía tanto en casa como en el comedor escolar.

Siempre fue un niño de sobresalientes, amigable con sus compañeros y buen alumno, vital y participativo. Era querido por todos. Así fue creciendo feliz desde la infancia.

Sin embargo, en los últimos meses se había producido un hecho que había motivado un cambio radical en su vida. Un día, estando en el Instituto en su grupo de amigo más

íntimo, tuvo el arrojo y el valor de contarles que era homosexual, que a sus 16 años había descubierto que no sentía nada por las chicas y que ya había tenido alguna experiencia sexual con un chico de fuera del Instituto (siempre nos quedará la duda si era también del instituto y mintió para cubrirlo).

En dicho grupo, hubo cinco que se lo tomaron de forma aséptica, es decir, ni le apoyaron ni le reprobaron nada,

pero hubo tres que claramente se mostraron en contra. Fueron Carlos, Javier y Manolito, quienes, a partir de ese momento, le dijeron que ya no querían ser amigos suyos.

Rafael era una persona muy sensible, que le afectaba mucho la opinión que sobre él tuvieran los demás, por lo que la desaprobación de sus tres examigos le vino como un mazazo en su vida. Se sentía un poco solo por primera vez. Nunca se esperó la reacción de los tres compañeros de Instituto. Por eso se sinceró con ellos.

Al poco tiempo de conocer la noticia Carlos, Javier y Manolito comenzaron a burlarse de Rafael, denigrándole y vejándolo. Le obligaban diariamente a entrar en el servicio de los chicos, a que se cambiara de ropa, y se pusiera otra de chica, vestidos y faldas con medias y zapatos femeninos; también le ponían una peluca con trenzas de color rubio y le maquillaban con colorete, rímel y labios carnosos. Después, le hacían fotos que luego subían al Facebook, para que virara por todas las redes sociales. Además, bajo pena de amenazas de ser golpeado hasta la muerte, le impedían decir sus nombres para no ser descubiertos.

También le llevaban betún y un cepillo para que los limpiara a cada uno los zapatos al mismo tiempo que le decían:

–Nenaza, no eres más que eso.

–Nosotros somos hombres fuertes y viriles. ¡viva la homofobia!

La situación para Rafael era cada día más insostenible y perturbadora. Empezaba a suspender los exámenes.

En casa empezaban a notar algo en el comportamiento de Rafael que comenzó a dejar de dormir bien y a tener pesadillas. Su madre, Carmen, le preguntaba si tenía algún problema, que le hablara en confianza, como siempre habían hablado, pero él por miedo y vergüenza, le mentía diciendo que este curso era muy complicado y que había asignaturas que no entendía. La madre, creyéndole, le puso un profesor particular, pero Rafael seguía igual de mal. Sin dormir y suspendiendo casi todas las asignaturas.

La voz de alarma se fue produciendo porque había muchos testigos que viendo las atrocidades que estaban cometiendo contra Rafael eran mudos pues callaban y no denunciaban los hechos al director del Instituto. Esto hizo que Rafael, sintiéndose en la más absoluta oscuridad y aislamiento, dijera a sus padres que no quería ir por el Instituto nunca más.

Esa misma tarde, los padres, temerosos de que algo grave estaba ocurriendo, fueron a la consulta de un psiquiatra.

En la consulta, sintiéndose un poco más seguro, Rafael relató a los allí presentes que era homosexual y que desde hacía un año aproximadamente estaba sufriendo, por parte de tres compañeros de clase, acoso escolar y sexual, que le había llegado a violar con un palo por el ano, hasta hacerle sangrar, que le tenían amenazado y que muchos alum-

nos lo sabían, pero nadie salía a defenderlo por miedo a represalias.

El psiquiatra no recomendó el cambio del Instituto pues el problema de Rafael seguiría en su cabeza, dijo a sus padres que pusieran una denuncia; y que pidieran cita urgente con el director del centro; también le prescribió un tratamiento para la ansiedad y la depresión.

Toda medida llegaba demasiado tarde

A las dos de la madrugada en la casa de los Bermúdez Gómez se oyó un tiro.

Carmen se dijo para sí —¡mi hijo!

Los padres, raudos, acudieron a la habitación de RAFAEL. Se acababa de pegar un tiro en la cabeza con la escopeta de caza de su padre dejando una nota: “Papás os quiero”.

Antonio, el padre de Rafael todavía hoy, años más tarde, no se perdona por qué esa misma noche no sacó la escopeta de la casa y la madre dice que “vivir con ello se vive, pero nunca se superará”.

Los autores fueron juzgados y condenados y los testigos mudos también lo fueron por encubridores



# Traumas

No es mi intención realizar verdades absolutas, ni tan siquiera relativas con carácter al tema de la que trata esta historia; la muerte siempre ha sentado, sienta y sentará cátedra en cientos de lugares del mundo al mismo tiempo y en sitios distintos. Simplemente voy a contar mi experiencia en relación a ella hasta el momento. Quizás alguien se vea reflejado un poco en estas líneas.

Al nacer no tenemos conciencia de ella.

Es a partir, según los estudiosos, de una cierta edad, que pueden variar según las circunstancias y madurez del niño, donde somos conscientes de la existencia de la muerte, pero no va con nosotros, la vemos que afecta a gente mayor como nuestros abuelos, tíos, etc. No somos capaces de razonar que también en esos momentos nosotros nos podemos morir nada más nacer por múltiples circunstancias (accidente, enfermedades, etc.)

A partir de los seis años aproximadamente, aunque también esta edad puede variar, la muerte se hace presente en nuestras vidas y es entonces cuando nos hacemos preguntas ante el miedo de morir: ¿Habrá reencarnación, vida eterna, solo existirá una vida, somos polvo de estrellas, por qué morimos? Para atender a estas preguntas desde antiguo han surgido disciplinas como la Filosofía, la Religión, la Ética, la Biología, etc.

Cuando yo había pasado la etapa de ser consciente de la existencia de la muerte en seres mayores que yo, sufrí un trauma emocional que me marcaría para el resto de mis días. Me dejó una señal indeleble.

Era fin de semana y me encontraba con mis padres y mi hermano menor en un club privado de natación. Empezaba un curso para aprender a nadar. Me sentía emocionada, alegre, entusiasmada por la clase. No tenía miedo al agua porque allí estaba mi madre para “salvarme” si me ocurría algo malo. Ya era consciente que sin saber nada te podías ahogar y morir.

El profesor me dijo que me iba a arrojar al agua sin ningún objeto que me hiciera flotar. Yo me puse muy tensa, temblaba y me entró un ataque de pánico, resistiéndome a entrar en la piscina, y le dije llorando que yo no quería tirarme al agua. Que me daba miedo.

Mi madre habló con el profesor, preocupada por mí y le advirtió que yo “era una niña muy nerviosa”.

El pestilente profesor, ni corto ni perezoso, desoyendo nuestros ruegos, me cogió por los brazos y me lanzó al agua con todas sus fuerzas. Yo me acuerdo que llegué hasta el fondo de la piscina y que movía las manos y los pies a toda prisa para subir, pero... ¡No subía! ¡Estaba tragando agua!, Me estaba ahogando! Llegaba hasta arriba pidiendo ayuda, pero me volvía a hundir.

El profesor, preocupado también por mí, metió su pierna en la piscina. Me agarré a ella con tanta fuerza que casi lo tiro al agua. ¡Cómo se reía!

Ese día fue el primer y último día con el monitor de natación. Fue una experiencia traumática y por supuesto no aprendí a nadar.

Años después, en la preadolescencia, fui a otros cursos de natación donde aprendí a nadar relativamente bien; nunca diré bien porque es a día de hoy y aún no lo he conseguido, ya que sigo recordando aquel día del club de natación.

Hoy en día, cuando empiezo a nadar, a pesar de saber flotar y llevar un ritmo acompasado y me atrevería a decir “bonito” (hay gente que me ha dicho que nadaba muy bien), voy siempre por el borde de la piscina porque me puede venir una paranoia y creer que estoy ahogándome como aquel día. La paranoia más frecuente que se viene a la mente es pensar que “de repente se me olvida nada y ya no floto”.

Aquel día, en el club de natación, marcó mi existencia con la muerte porque, aunque hubiera personas que me habrían auxiliado y nada me habría pasado, yo viví la experiencia, de tal forma y manera, como si me estuviera muriendo, o sea, era la primera vez que la muerte “tocaba a mi puerta”

Después de aquella experiencia vinieron, traumáticas también, en las que tuve que poner a prueba mi espíritu de supervivencia.

Recuerdo un día, en plena juventud, en que mi madre y yo nos quedamos encerradas por una imprudencia en una cámara frigorífica en una tienda que en esos momentos estaba cerrada. Mi madre pedía a gritos auxilio y ayuda en busca de alguien que nos oyera y vinieran a socorrernos. Yo di culetazos y patadas a la puerta hasta que esta se abrió. Desde entonces, mi madre y yo tenemos claustrofobia leve, y no podemos subir a los ascensores solas. Aunque yo lo he ido superando, me queda algo de agorafobia.

Dicen los terapeutas que los traumas emocionales son como una herida que no dejan de sangrar. Hay que intentar superarlos y se forme una cicatriz, pero ello es fácil de decir y difícil de cumplir

## Un amor ideal

Ana y Olga quedaron para verse a través del celular. Las dos padecían una minusvalía psíquica. Ana trabajaba como teleoperadora en un centro especial de empleo y Olga tenía reconocida la jubilación por incapacidad permanente.

Sentadas en una de las mesas de la cafetería del Corte Inglés de la capital salmantina y comenzando a tomarse el café, muy alegres de verse de nuevo, comenzaron a parlotear:

—¿Otra vez el “monotema”? —dijo Ana

— ¡Qué te digo yo que Fernando está colgado por mí y te voy a dar mil razones¡, (al mismo tiempo que le enseñaba una foto de él por el móvil), ¿por qué fue él quien quiso iniciar la relación? ¿por qué hicimos el amor? ¿por qué ha querido hacerlo más veces? Porque me ama, eso está claro. Que esté divorciado y que ahora tenga novia no me importa. A ella la quiere como una segunda opción—contestó Olga entusiasmada.

—Mira —comentó Ana mientras sacudía la cabeza de lado a lado en señal de desacuerdo— te voy a hacer algunas consideraciones para que pienses: cuando se enrolló contigo acababa de divorciarse, estaba confundido y estaba pasando su duelo de separación afectiva y tú estuviste ahí para consolarlo; fue la vez que hicisteis el amor y cuando más te tuvo aprecio, pero incluso en esos momentos no quería nada serio porque tú se lo propusiste y dijo que estaba confundido y que necesitaba tiempo.

¿Por qué te está diciendo últimamente que te alejes de él, porque si no te va a hacer daño? Eres tú siempre la que toma la iniciativa en llamarle o en ponerte en contacto con él y la mayoría de las veces no te contesta. Incluso puede pensar que le estás acosando.

—¿Acosando yo? —le recriminó Olga. Eso es imposible. Yo le amo. Reconozco que soy yo la que voy detrás de él, pero de ahí al acoso va un abismo. Yo no le quiero hacer daño. Solo quiero que me ame también.

—Él sabe, porque es policía —añade Ana— que es un tema delicado el del acoso y como te tendrá aprecio, porque en su momento le ayudaste no te quiere hacer daño.

—Él me manda señales.

—Qué tipo de señales. Ninguna objetiva, están en tu cabeza; no las puedes objetivar. Apenas lo ves, salvo algún día que os encontráis en el gimnasio y solo os dais un saludo, además ¿si no fuera policía le amarías igual?

–Buena pregunta –dijo Olga, déjame que lo piense... No, yo creo que no. De hecho, mi psicoterapeuta me dijo en la última sesión que tenía problemas con la policía, no lo entiendo.

–Pues es fácil. A este chico lo has idealizado, no es real la percepción que tienes de él, no le ves ningún defecto, por ejemplo; tienes una convicción delirante de que te ama cuando ello no es cierto. Es un amor puro, inocente y me atrevería a decir incluso iluso, pero de real nada. Además, lo buscaste porque necesitas protección y crees que él te la proporciona. Por eso para ti el plano sexual tiene menos importancia. En el fondo te sientes muy vulnerable.

–Cómo puedes llegar a saber esto –respondió atónita Olga.

–Te voy a hacer otra pregunta –dijo Ana. Cuando fuiste pequeña sufriste una falta precoz de atención por parte de tu madre.

–¡Sí!, a mi madre la educaron sin ningún tipo de afecto, y ella a mí tampoco me los dio porque no sabía cómo eran y cómo se transmitían.

–Pues quiero que sepas, le dijo Ana cariñosamente a Olga, que cuando esto ocurre es muy frecuente que sobre todo las mujeres como es tu caso, desarrollan delirios erotómanos; creo que es lo que está ocurriendo con ese chico

—¿Está segura amiga? Es que sigo creyendo que me ama realmente.

—Ya, y lo seguirás creyendo por mucho tiempo. Lo único que me preocupa es que, si bien ahora mantienes una ilusión, una esperanza en estar con él, o según tú, en seguir con él, y en un momento dado ves la realidad, o sea, que no hay “nada de nada” termines teniéndole resentimiento y haciendo algo indebido y te compliques la vida, amiga mía. ¿comprendes? Solo necesito advertírtelo. Ah, y ten cuidado con las percepciones y experiencias que son las que te llevan a conclusiones ideales y a no ver la realidad objetiva lo que hace que no puedas hacer un juicio crítico de la realidad.

—Lo tendré en cuenta —le dijo Olga—. Lo que ocurre es que cuando le he perdido me siendo muy triste y abatida

—Y supongo que desvalida. Eso lo hace el delirio que te tiene en otra dimensión; cuando vuelves a “tierra” aunque sea por momentos eres consciente de la verdad; ahora existen medicaciones muy buenas como estabilizadores del ánimo.

Para acabar con esta conversación las dos amigas dijeron que una de ella, Olga, pediría ayuda a los profesionales que hiciera falta. Después del “monotema” como ellas lo llamaban, se pusieron a hablar de otras cosas en un ambiente mucho más relajado y terminaron yendo al cine con el acuerdo que no fuera una película romántica.



## Un suspenso

Recuerdo el día que, con dieciocho años, suspendí el examen teórico del carnet de conducir. Al repasarlo y antes de entregarlo, cometí el error de cambiar dos preguntas correctas, pasando de estar aprobada a estar suspensa. No lo podía soportar. Mi orgullo estaba herido. No estaba acostumbrada, dada mi arrogancia, a que me pasaran estas cosas.

Al llegar al pueblo, Javier, mi novio, y mi madre, estaban pintando la barandilla de la vivienda. Al verme la cara, primero me escucharon y luego se empezaron los dos a sonreír. Yo pensé que se estaban riendo de mí. ¡Encima que había suspendido, que poca empatía! Mi madre no hacía más que decirme:” ¡Hija, no se va acabar el mundo por eso!

De mi novio, lo que más rabia me daba era que se callaba y sonreía, cuando todos sabíamos que él había aprobado la semana anterior a la primera.

Mi enfado iba creciendo por momentos con sus comentarios y comportamiento. No me sentía en nada de

acuerdo: Claro, como a ti nunca te ha ido mal en la vida, ¿no sabes aceptar un fracaso!, me decían los dos.

Mi genio y pronto me obligaba a repetirlos una y otra vez que la causa del suspenso fue haber corregido el examen:

—¡Eh!, ¡Ahí os calláis!

Ellos se volvían a reír y a carcajada llena. Cada vez se reían más fuerte. Mi madre tuvo que ir hasta al servicio.

Estaba claro que no estaba educada para lidiar con las decepciones. ¡Sólo para el éxito!

El suspenso, junto a la aparente falta de comprensión de mi familia, me habían herido profundamente mi autoestima.

Me empecé a poner agresiva.

Mi madre me dijo que me pusiera a pintar la barandilla también para que se me pasara el enfado.

Ante esta actitud, yo me sentía muy desconcertada. En realidad, yo estaba magnificando una situación, pero era incapaz de verlo.

Poco a poco, la ira fue dejando paso a la tristeza y luego ésta a la calma y logré cambiar de conversación con ellos dos.

Javier siguió pintando la barandilla y mi madre y yo nos metimos a la cocina de la vivienda.

Allí, le pregunté a mi madre si de veras no se habían reído de mí.

Ella me contestó que: “No, que me querían mucho para hacer eso. Que lo que ocurrió es que les hizo mucha gracia la forma en cómo me había tomado el suspenso”. También me dijo que no quería una hija recta, seria, muy estudiosa pero triste y miedosa ante la vida. Que había tenido un fracaso y que después vendrían éxitos. La vida es así de contradictoria y llena de vaivenes; de alegrías y de penas.

También me dijo que lo que más deseaba era que en el futuro yo me convirtiera en una mujer madura hecha a mí misma.

Yo, ante tanta sabiduría, le dije que esta experiencia del suspenso no la iba a olvidar jamás. Que el suspenso me hirió el orgullo hasta lo más profundo y que iba a preparar el examen de nuevo para sacar un sobresaliente. Que no quería renovar matrícula y tener que pagar de nuevo tasas.

Ella me dijo que por el dinero no me preocupara, que yo sabía que trabajaban mucho y que no había problema con el dinero en casa.

Han pasado treinta años desde aquella experiencia y sigo recordándola como si fuera hoy. Después de ese primer fracaso vinieron otros que supe encajar mejor y también éxitos.

Pienso que soy una mujer feliz y hecha a mí misma como deseaba mi madre.



## Un viaje

La niña apenas contaba con un año de edad. Los servicios sociales habían decidido que la familia Martínez Sánchez fueran los acogedores provisionales de esta menor. La razón del acogimiento era que los padres biológicos eran toxicómanos y estaban enganchados a la heroína por lo que la menor se encontraba en situación de desamparo.

Los padres biológicos se conocieron en la adolescencia y fue en el Instituto, tras sendos fracasos escolares, cuando se acercaron por primera vez a las drogas. Al principio estuvieron probando con las blandas, como el hachís y la marihuana. En sus casas, nunca se les impuso ningún límite sobre normas de comportamiento. Crecieron sin autoridad paterna. Sin referencias de ningún adulto.

Estuvieron jugándose la cárcel más de una vez cuando ellos mismos, para sacarse un dinero extra, se dedicaron a “pasar droga” a otros compañeros.

Alrededor de la treintena cometieron el mayor de los errores. Probaron la heroína. En poco más de dos meses estaban “enganchados” a esta droga dura. Todo su mundo consistía en “chutarse la droga” para no tener que pasar el “mono” y conseguir, mediante pequeños trapicheos y hurtos de escasa entidad, nuevos ingresos para volver a comprar la heroína.

El deterioro físico en ambos era evidente.

En estas circunstancias ella se quedó embarazada. Aunque los médicos pensaron que posiblemente tuviera un aborto espontáneo, nació una criatura. Esta, al hallarse en situación de desamparo fue acogida por Carlos y Luisa. Al tiempo a sus padres se les concedió un régimen de visitas que nunca ejercieron.

Un día, encontraron al padre muerto por sobredosis en el aseo. Así lo certificó el médico forense cuando acudió al levantamiento del cadáver.

La niña fue creciendo, en medio de los afectos, cariño y amor de la familia de acogida.

Al principio de esta historia, los servicios sociales advirtieron a Carlos y Luisa, cuando se estableció el acogimiento, que era una situación provisional, pues lo normal sería que la niña volviera con sus padres, una vez recuperados de la droga.

A medida que pasaban los años, Carlos y Luisa estaban más encariñados con Carmencita, y tenían miedo de perderla porque su madre, ya fallecido el padre, se pudiera recuperar.

Afortunadamente para ellos dos y desafortunadamente para la pequeña, la consejería cuando la niña ya había cumplido los diez años de edad, consideró que, al ser imposible o altamente improbable, dado el tiempo transcurrido, que la madre abandonara la heroína, era preciso iniciar un expediente de adopción al que fue citado la madre prestando su consentimiento a su favor.

Tras el expediente, los acogedores fueron declarados padres adoptivos de la niña.

Un día, cuando Carmen, que ya contaba con veinte años, se hallaba en la playa de su barrio, se le acercó una mujer con gran serenidad, y con la cara picoteada por los signos de las drogas. Era su madre biológica, con la que ya no mantenía ningún lazo de parentesco. Esta mujer le dijo que juntas debían hacer “un viaje”.

El viaje consistió en que la madre le relató su vida. Había logrado salir de la heroína. Ahora tenía fuerzas para presentarse ante la niña. Carmen la abrazó y ambas lloraron por la emoción.

La hija le respondió que, fruto de este viaje, aunque la querría siempre, ella ya tenía dos padres que se llamaban Carlos y Luisa.

Tras este viaje ambas marcharon por caminos distintos con la firme promesa de volverse a ver.





# Único

Manolo era un exitoso ejecutivo. Formaba parte del consejo directivo de una multinacional. Recordaba su niñez como hijo único y sin pasar calamidades. Su juventud fue plena, sin contratiempos. A su mujer la conoció en la Facultad de Económicas. Era padre de dos niñas que estaban en plena adolescencia. Su mujer era secretaria de Dirección.

Manolo pertenecía a una clase media–alta burguesa de la sociedad española. Residía en uno de los mejores barrios de Madrid; en el distrito centro; cerca de la Castellana. Leía mucho, iba a la ópera, a casinos, carreras hípicas; vestía con ropas elegantes y gastaba mucho dinero en alimentos de todo tipo, vestidos y ocio.

Manolo se creía único e insustituible.

Un día, estando en su despacho de la multinacional, recibió una extraña carta. Venía sin remite y estaba escrita a ordenador. Era personal. La persona que la escribía, re-

fugiada en el anonimato, se presentaba como un profesor de Universidad. Su intención, después de dejarle claro que conocía detalles de la vida de Manolo, era concertar una cita privada con él, en un conocido hotel de la capital de España.

Manolo no sabía qué actitud adoptar ante esta carta. Por un lado, el que viniera sin remite y fuera anónima, le hacía desconfiar de su redactor y le hacía también decidir no acudir a la cita señalada en la carta. Por otro lado, la curiosidad, una de sus más claras características de su personalidad, le llevaban a pensar lo contrario.

Confuso y asombrado, enseñó la carta a su mujer.

Ésta, movida por un miedo irracional, pensó enseguida en terroristas que le quería extorsionar y le dijo que no fuera a la cita.

Manolo, sonriendo, le quitó esa idea de la cabeza. La convenció al hacerle ver que si fueran terroristas ya le hubieran chantajeado en la misma carta. Por el contrario, ésta estaba escrita de forma educada y amable.

Definitivamente, Manolo decidió acudir a la cita. Llamó al teléfono que figuraba en la carta y dejó el mensaje de su propósito en el contestador automático.

A la hora indicada en la carta, Manolo se sentó en uno de los confortables sofás del bar que estaba en la recepción del hotel. Al cabo de cinco minutos de tensa espera se le acercó una persona que le llamó por su nombre.

No había dudas en su reconocimiento. Eran idénticos.

Manolo, al verlo, quedó perplejo, atónito, turbado y dislocado. Esa persona le dijo que era “un clon al igual que él” y que se llamaba Carlos.

También le dijo que eran genéticamente idénticos y que descendían de una misma persona ya fallecida. Ambos clones eran adoptados. Le explico que la clonación es una técnica de manipulación genética de tipo asexual que se realizaba en los laboratorios en un tubo de ensayo. Y que era una práctica ilegal realizarla con humanos.

También le dijo que afortunadamente para ellos dos, la persona de la que procedían ya estaba fallecida pues si fuera poderosa y estuviera viva, su vida podría estar en peligro, al verse obligados a dar su vida por él en el caso de que padeciera alguna enfermedad. El tema estaba incluido en la trata de seres humanos.

Los padres de Manolo ya habían fallecido. Posiblemente, fue la salvación para él. Manolo quedó en estado de shock tras escuchar al clon. Y, seguidamente, comenzó a realizarse diversas preguntas como: ¿Cuántas madres tuvo en la vida, ¿quién era su familia y si tenía dos padres ambos ya fallecidos?

Carlos le advirtió que al ser un tema ilegal no existe regulación de parentesco. Por lo que ambos clones no eran familia a pesar de ser genéticamente idénticos.

Manolo empezó a sentirse como una persona artificial, en lugar de humana, lo que era horrible para su autoconcepto y autoestima.

En definitiva, se habían encontrado dos personas que solo tenían en común haber sido objeto de un experimento científico.

Carlos relató a Manolo que pudo encontrarlo a través de otra carta, también sin remite y escrita a ordenador, que había recibido de una persona anónima.

El carácter secreto de las cartas demostraba la ilicitud de la investigación científica

Ambos clones, ahora, se encontraban con que habían perdido sus raíces, puesto que no sabían explicar de qué árbol genealógico procedían. No sabían nada de su pasado. Quiénes eran sus abuelos, primos o tíos.

Disgustados y enojados decidieron ir a la policía a denunciar los hechos.

Cinco años más tarde de la interposición de la denuncia, en los archivos de la policía su caso seguía como “causa sin resolver”

# Vendetta

Antonio era cabrero. Contaba con 250 cabras y cabritillos y algún macho semental. Desde que tenía 14 años trabaja en el oficio. En la actualidad tenía 43 años. Persona tosca y ruda, era analfabeta y sólo quería que su ganado comiese del campo la mayor parte del año para ahorrarse en sustento artificial. Era tal su obsesión y avaricia que dejaba que sus cabras pasasen de diferentes tierras a otras, sin permisos de sus propietarios.

Normalmente, los dueños no se quejaban más por miedo que por nada. Con algunos practicaba el ramoneo de tal forma que salían ganando tanto Antonio como el propietario.

Sin embargo, había un vecino que no mostraba la misma indulgencia que el resto de los vecinos. Se trataba de Ricardo. Este, tenía una finca rústica amplia en la que cultivaba, con gran esfuerzo, un huerto envidiado por el pueblo entero. Cuando alguna cabra pisaba su finca y causaba des-

trozos en el huerto se presentaba ante Antonio y le pedía daños y perjuicios.

Las relaciones de vecindad entre estos dos vecinos estaban cada vez más deterioradas llegando al insulto cuando se cruzaban por el camino accidentalmente. Antonio nunca aceptó indemnizar a Ricardo alegando que no podía ir detrás de sus cabras todo el tiempo y Ricardo tampoco dejó el caso en manos de un abogado que pudiera llegar a resolver el caso por los trámites legales.

Un día Antonio pasó con su tractor por el camino vecinal que conducía a su finca y a la de Ricardo. Al pasar por la finca de Ricardo, involuntariamente, destrozó parte del muro que hacía las veces de muro medianero con el resto de las fincas colindantes. Ricardo, mal pensado en aquella ocasión, al ver lo ocurrido y enterarse del autor de los hechos, se enfureció pensando en las malas intenciones de Antonio.

Con ira en sus ojos, acudió al bar del pueblo donde estaba Antonio, y sin mediar palabra alguna, le retó a una pelea en la plaza del pueblo, ese mismo día a las ocho de la tarde. Antonio aceptó el reto sin comprender muy bien la causa del hecho.

Antonio vivía precisamente en la plaza del pueblo. A la hora señalada, Ricardo, mucho más corpulento y joven que Antonio, se presentó allí sabedor de su victoria.

—¡Sal de ahí gallina, sal de tu casa! —exclamaba Ricardo.

De la casa de Antonio se iluminaron varias luces. En la plaza reinaba el silencio de los más profundos que uno se podía imaginar a pesar de la presencia de testigos. Antonio salió al rellano de la escalera de su puerta principal, mientras que portaba una escopeta de caza entre sus manos. Saltándose las reglas del juego, y con un comportamiento cobarde, hizo uso del arma de fuego, apuntó, encañonó y disparó dos tiros en el corazón de Ricardo quien cayó fulminantemente al suelo.

Todos los testigos quedaron estremecidos. Antonio no huyó del lugar. Enseguida acudió la comisión judicial que confirmó la muerte por arma de fuego con dos orificios de entrada y dos de salida a la altura del corazón.

Antonio quedó en prisión provisional acusado de homicidio en primer grado. Llevaba ya seis meses en prisión, mientras se decidía el día del juicio, cuando el juzgado recibió una llamada telefónica desde el centro penitenciario: Antonio se había ahorcado en la cárcel

